

**Enciclopedia Latinoamericana**  
**de Sociocultura y Comunicación**

Director de la colección  
**ANÍBAL FORD**

## EDUCACIÓN Y TELEMÁTICA

---

**Enciclopedia Latinoamericana**  
**de Sociocultura y Comunicación**

---

## **EDUCACIÓN Y TELEMÁTICA**

---

Raúl Fuentes Navarro

**Grupo Editorial Norma**

*Barcelona, Buenos Aires, Caracas, Guatemala, Lima, México, Panamá,  
Quito, San José, San Juan, San Salvador, Santafé de Bogotá, Santiago*

## Tabla de contenidos

©2000. De esta edición:  
Grupo Editorial Norma  
San José 831 (1076) Buenos Aires  
República Argentina  
Empresa adherida a la Cámara Argentina del Libro  
Diseño de tapa: Ariana Jenik  
Fotografía de tapa: Alejandro Elías  
Diagramación: Daniela Coduto  
Impreso en la Argentina por Impreco Gráfica  
*Printed in Argentina*  
  
Primera edición: septiembre de 2000  
  
cc: 24805  
ISBN: 987-9334-74-4  
Prohibida la reproducción total o parcial por  
cualquier medio sin permiso escrito de la editorial  
  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Libro de edición argentina

Introducción	9
Participación en un proyecto latinoamericano	10
El Seminario de Telemática en el ITESO	13
Telemática, información, cultura, comunicación y educación	15
Capítulo 1. La irrupción de Internet en el campo de estudios de la comunicación	23
“Nuevas tecnologías”, Internet y la investigación sociocultural	25
El vértigo de la digitalización y la <i>informatización</i> de la sociedad	29
De los medios a las mediaciones, nuevamente	39
Capítulo 2. La incompreensión de los medios y la necesidad de <i>Impensar</i> la comunicación mediada	45
El problema del conocimiento en el universo telemático	52
Hacia una teoría sociocultural post-disciplinaria de la comunicación	56
Comunicar y educar: convergencias desde la perspectiva sociocultural	63

Capítulo 3. Exploraciones teórico-metodológicas para la Investigación sociocultural de la comunicación	77
Un proyecto reflexivo para la sociedad en el siglo XXI	79
Hacia la reconstitución metodológica de la investigación de la comunicación	87
En busca de categorías para el análisis sociocultural de los usos de Internet	97
Referencias bibliográficas	109
Bibliografía	127

Las reflexiones que se presentan en este texto tienen, como es obvio, su propia historia. Sin dejar de ser producto de un individuo, provienen de un espacio académico en el que concurren muy diversos agentes, cada uno con sus propios recursos, perspectivas, posturas y proyectos. El campo de los estudios sobre comunicación en América Latina ha adquirido ya suficiente densidad como para ser considerado un interlocutor colectivo calificado en los debates que buscan apropiarse del sentido del futuro de nuestras sociedades. Quizá esto se deba menos a los méritos acumulados por los académicos que a la importancia que socialmente se les reconoce a los objetos de conocimiento sobre los que trabajan. Pero esta condición no es nueva ni desconocida para los investigadores de la comunicación en América Latina, que desde siempre han asumido su tarea, primordialmente, como una serie de retos, de desafíos a su capacidad para generar intelecciones comprometidas con la sociedad a la que pertenecen y en la que se inserta su trabajo.

Mi tarea como profesor-investigador mexicano (y latinoamericano) de la comunicación, la entiendo entonces

como parte de una empresa colectiva, plural y desnivelada, marginal y en muchos sentidos fragmentaria, pero empeñada en aportar conocimientos y orientaciones académicamente consistentes y socialmente pertinentes sobre la comunicación en la sociedad. En ese contexto, las razones por las cuales comencé a poner atención a los medios telemáticos y sus usos comunicativos y educativos son en buena medida circunstanciales y sin embargo también representativas de una postura más general. Creo por ello que antes de exponer las reflexiones en proceso sobre el “nuevo” entorno comunicativo y sus implicaciones para el campo académico de la comunicación y de la educación, es necesario explicitar las circunstancias que contribuyeron a construirlas.

### Participación en un proyecto latinoamericano

En enero de 1993 recibí una invitación de Alejandro Alfonzo, consejero regional en Comunicación para América Latina de la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura), para participar en San José de Costa Rica de una reunión de “especialistas en telecomunicaciones”, organizada conjuntamente con la FELAFACS (Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades de Comunicación Social), organismo con el que había colaborado ya por más de diez años para entonces, y de cuyo consejo directivo formaba parte.

Los dos antecedentes inmediatos de esta reunión eran otra similar, celebrada en Santa Fe de Bogotá, Colombia, en septiembre de 1992, “con el objeto de estudiar, reflexionar, discutir, analizar y finalmente pronunciarnos sobre la factibilidad de una propuesta para promover,

mediante los mecanismos académicos del caso, la enseñanza de las telecomunicaciones en las facultades y escuelas de comunicación social de los países de la región”, y la presentación y aprobación por la IV Asamblea General Ordinaria de la FELAFACS en Acapulco, en octubre de 1992, del documento con que concluyó la primera reunión: *Propuesta de proyecto para la enseñanza de las telecomunicaciones en las facultades y escuelas de comunicación social de América Latina*.

Para la reunión de San José se me pidió elaborar un documento de trabajo acerca de las *Condiciones para el establecimiento de una maestría en telecomunicaciones para comunicadores sociales latinoamericanos*. El trabajo presentado cuestionó la idea de comenzar el proyecto por un programa de posgrado, siguiendo el procedimiento acordado en la reunión de Bogotá y por el cual se me invitó. En ese documento expuse críticamente las condiciones “que parecen imponer las circunstancias presentes a una idea ambiciosa y de alta pertinencia”, y fue muy bien apreciado por los participantes en la reunión: Alejandro Alfonzo, consejero regional de la UNESCO; Carlos Romero Sanjinés, de la Unión Internacional de Telecomunicaciones; Elizabeth Safar, directora del ININCO, Universidad Central de Venezuela; Mariluz Restrepo, de la Universidad Javeriana de Colombia; y Daniel Prieto Castillo, de Radio Nederland Training Centre.

La discusión de San José concluyó en diez recomendaciones para abordar el proyecto de un posgrado y se afinó un plan de acción a tres años, propuesto a FELAFACS, que incluyó el diseño, organización y ejecución de talleres sobre telecomunicaciones para profesores de comunicación, una serie de publicaciones, la formación

de una red de apoyo interinstitucional y la creación de un centro de información especializada. Los talleres propuestos habrían de cubrir tres módulos: uno sobre aspectos técnicos y operacionales de la tecnología de las telecomunicaciones, otro sobre las implicaciones y consecuencias políticas, económicas y socioculturales de las telecomunicaciones, y un tercero sobre las perspectivas de las telecomunicaciones para comunicadores.

En abril de 1994, como secuencia del mismo proyecto, fui invitado a Caracas a participar como expositor del Módulo III, en el Seminario *Las telecomunicaciones y su enseñanza en las escuelas de comunicación social*, organizado por el Consejo Venezolano para la Enseñanza y la Investigación de la Comunicación Social (CONVEICC) y el Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO) de la Universidad Central de Venezuela. Junto a los otros expositores (Carlos Romero Sanjinés, Elizabeth Safar, Antonio Pasquali y Carlos Eduardo Colina), compartí con los 34 docentes e investigadores venezolanos asistentes al seminario la urgente necesidad de abordar en las escuelas de comunicación el estudio de las múltiples dimensiones involucradas en el desarrollo de las telecomunicaciones y sus multidimensionales articulaciones sociales, políticas, económicas y culturales.

La experiencia directa de esta participación en un proyecto latinoamericano, que generó por supuesto otras actividades, así como la constatación por medio de lecturas, observaciones y discusiones de la complejidad del tema y la insuficiente atención que se le prestaba en las escuelas de comunicación, me llevó a proponer un curso en la licenciatura en ciencias de la comunicación

del ITESO (Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente), mi institución de adscripción básica, en que se trabajara específicamente en este sentido. El jefe del entonces Departamento de Comunicación, Carlos E. Luna, aceptó con interés la propuesta, y programó así un curso semestral de 48 horas, optativo para estudiantes avanzados, bajo mi responsabilidad, sobre la línea curricular de teoría de la comunicación, en el período agosto-diciembre de 1994.

### El Seminario de Telemática en el ITESO

El programa de trabajo propuesto a los estudiantes partió del siguiente planteamiento:

Por *seminario* se entiende una modalidad del proceso de enseñanza-aprendizaje basado en la lectura y discusión grupal de textos sobre una materia. Sirve para poner al día los conocimientos de los participantes sobre la materia y para impulsar la asimilación y desarrollo de esos conocimientos por parte de sujetos activos y responsables, en campos de interés concretos, mediante la comunicación grupal, donde el profesor es apenas coordinador y uno más de los participantes.

Por *telemática* se entiende el campo de conocimiento interdisciplinario donde confluyen los avances más recientes en *telecomunicaciones* e *informática*. Aunque los estudios telemáticos han sido principalmente abordados por ingenieros y economistas, organismos como la UNESCO y FELAFACS impulsan actualmente en América Latina un proyecto para incorporar esta temática,

desde un acercamiento sociocultural, a los estudios de comunicación.

El *Seminario sobre Telemática* que se propone tiene como propósito central sensibilizar a estudiantes de comunicación sobre las diversas dimensiones del entorno global en que está inserta su práctica profesional como comunicadores (cualquiera que ésta sea). Por tanto, no se puede reducir el estudio de los sistemas telemáticos a su dimensión tecnológica, o económica, o política, o sociocultural, pero tampoco puede desintegrarse ninguna de ellas del horizonte académico y profesional de un comunicador.

A partir de aquella primera experiencia, el seminario adquirió una continuidad que se extendió hasta 1998: durante ocho semestres consecutivos, distintos grupos de estudiantes avanzados de la licenciatura participaron en las sesiones de reflexión. Cada semestre, el programa del seminario fue experimentando modificaciones y reajustes, tanto en la lista de lecturas revisadas como en cuanto a la orientación predominante, fuera hacia el análisis de los factores contextuales más amplios o hacia las “aplicaciones” e implicaciones del *universo telemático* para las prácticas profesionales de los estudiantes, con un énfasis constante en el cuestionamiento ético, más que técnico. A partir del semestre agosto-diciembre de 1996, el seminario se centró en la exploración de Internet.

Un factor sin duda importante de la experiencia fue que, como todos los profesores y estudiantes del ITESO desde principios de los años noventa, los participantes en este seminario contaron con acceso abierto a las bien

desarrolladas redes computacionales de la institución. De esta manera, los estudiantes, al llegar a los últimos semestres de la carrera, han podido acumular suficientes horas de práctica directa como para estar familiarizados con los entornos y sistemas telemáticos, y por tanto, en muchos casos, dispuestos a cuestionar sus perspectivas. Del total aproximado de ciento veinte estudiantes que participaron en el seminario, ocho o diez avanzaron tesis profesionales sobre temas relacionados con él.

Semana a semana y semestre tras semestre, durante esos cuatro años, se acumuló en el coordinador la certeza de que la exploración conceptual y práctica del universo telemático revive, dos o tres décadas después, el espíritu de entusiasta “aventura intelectual” y de “vivencia del futuro” que animó a las primeras generaciones de estudiantes de comunicación, entonces inmersos en los procesos de emergencia económica, política y cultural de otros medios y otras “nuevas” tecnologías de comunicación social, especialmente la televisión. De ahí la necesidad de fundamentar el trabajo tanto en los marcos teórico-metodológicos transdisciplinarios más sólidos de que pueda disponerse, como en la referencia más crítica y concreta a las implicaciones ético-profesionales y sociales de los usos de la comunicación mediada.

### **Telemática, información, cultura, comunicación y educación**

Un punto de partida central de esta reflexión es que en el universo telemático<sup>1</sup> las articulaciones entre sistemas

---

<sup>1</sup> El término ha sido tomado del título de un libro del investigador italiano Giuseppe Richeri (1984).



de información y sistemas de comunicación son más complejas y menos visibles que en el campo de las telecomunicaciones o el campo de la informática, en cuya intersección se originó este “universo”. Si en los años sesenta y setenta se tuvieron que hacer esfuerzos, prácticamente infructuosos por cierto, para no confundir “información” y “comunicación”, y poder identificar sus articulaciones en la operación multidimensional de los medios de difusión masiva, en los años noventa esta definición se hizo todavía más urgente. Tal como lo atestiguan y argumentan múltiples textos generados en todo el mundo en las últimas décadas, la constitución *teórica* de la comunicación es un problema irresuelto, que se vuelve cada vez más complejo conforme avanzan y se diversifican los fenómenos a explicar sistemáticamente y, paradójicamente, en tanto que se incrementan también las prácticas de investigación sobre ellos y se consolidan los programas de formación de profesionales “especialistas” en comunicación.

Son diversos los factores que pueden explicar la *desarticulación múltiple* que caracteriza al campo académico de la comunicación desde su nacimiento. En su exploración de dichos factores en la dimensión teórica, Manuel Martín Serrano ha realizado un análisis de la relación entre los cambios históricos que se han sucedido desde la fundación de la epistemología de la comunicación (con la *Cibernética* de Norbert Wiener en 1948), y los avatares de dicha reflexión. El investigador español argumenta que “la información posee ahora, por primera vez en la historia de la humanidad, valor de cambio” y que este hecho “trastoca la función y el uso de las teorías de la comunicación” (Martín Serrano, 1990). En este

planteamiento y en otros muchos, la constitución teórica de la comunicación no es sólo un problema intelectual o científico. Es también, en gran medida, una cuestión económica, política e ideológica, dado el carácter eminentemente práctico del trabajo teórico. Sin embargo, la primera de las conclusiones que Martín Serrano extrae de su análisis es que:

Ahora sabemos que es necesaria y posible una teoría de la comunicación, distinguible de las varias ciencias de la comunicación a las que preste los fundamentos teóricos. También conocemos el papel que le corresponde entre las teorías: aclarar la naturaleza y las funciones de *todas* aquellas interacciones en las que se recurre al intercambio de información. En consecuencia, la teoría de la comunicación se especializa en el estudio de los comportamientos expresivos y está incluida en el más amplio marco del análisis de los actos (Martín Serrano, 1990:74).

Desde un punto de vista más sociológico que epistemológico, sostengo con otros la hipótesis de que ante los avances de la comunicación telemática y sus impactos sobre las dimensiones económicas, políticas y culturales mundiales, especialmente notables en la última década del siglo xx, se impone no sólo un replanteamiento crítico de los conceptos de “comunicación” e “información”, sino una refundación completa de los sistemas teóricos necesarios para abordar el estudio y la comprensión de nuestro entorno global, con una perspectiva educativa, más allá de las tradiciones disciplinares vigentes. De ahí

la propuesta de un enfoque *post-disciplinario* para el estudio sociocultural de la comunicación y de la educación, que he comenzado a desarrollar en otros textos, y que en éste toma la forma de un ensayo metodológico que pretende clarificar dimensiones y articulaciones de los sistemas y las prácticas comunicativas y educativas desarrollados alrededor de la “red de redes” llamada Internet.

El discurso que presento es necesariamente exploratorio y provisional, pero tiene la pretensión de alcanzar cierta profundidad analítica y de fortalecer las competencias reflexivas en el estudio de la comunicación. Por lo tanto, su contenido está referido al propio campo y sus transformaciones necesarias en el sentido comunicativo y educativo, más que a las dimensiones económico-políticas o tecnológico-culturales de los usos y usuarios de Internet en sí. Busca suscitar más discusiones y precisiones que adhesiones o aplicaciones directas. Está estructurado en tres partes: la primera, sobre “la irrupción de Internet en el campo de estudios de la comunicación”, intenta formular las situaciones problemáticas que justifican el trabajo de rearticulación que se propone; la segunda, acerca de “la incompreensión de los medios y la necesidad de impensar la comunicación mediada”, apunta hacia la reconceptualización teóricas y la reorientación práctica del estudio de la comunicación; la tercera concreta algunas “exploraciones teórico-metodológicas para la investigación sociocultural de la comunicación”.

Las ideas y propuestas de discusión aquí resumidas, fueron expuestas en versiones adecuadas a diferentes situaciones, y progresivamente articuladas y desarrolladas, como artículos publicados en revistas académicas y

como ponencias en diversos foros mexicanos y latinoamericanos. Entre ellos debo mencionar las revistas *Diálogos de la Comunicación* (Nº 36, 1993) y *Cuadernos de Comunicación* (Nº 104, 1995), el Congreso “Los nuevos escenarios de las telecomunicaciones y su impacto en la formación de los comunicadores” de la Cátedra UNESCO de Telecomunicaciones y Sociedad en la Universidad Iberoamericana (México, octubre de 1996), el IX Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social de FELAFACS, en la Universidad de Lima (Lima, octubre de 1997), el I Festival de la Cultura Audiovisual del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (México, mayo de 1998), el Congreso Nacional del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (México, abril de 1999), el Seminario Internacional sobre tendencias y retos de la investigación de la comunicación en América Latina, de la Pontificia Universidad Católica del Perú y FELAFACS (Lima, julio de 1999) y el V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, en la Universidad Diego Portales (Santiago de Chile, abril de 2000).

En medio de la fascinación inducida por los nuevos medios en buena parte del discurso académico, coincido con quienes, como el autor argentino Alejandro Piscitelli, buscan en el *pensamiento complejo* los recursos intelectuales para elaborar los marcos con los cuales enfrentar, sobre todo si se hace desde la “periferia tecnocultural” (latinoamericana), las nuevas realidades (virtuales o no) de la comunicación. La clave de entrada no puede ser otra que el reconocimiento de que “hay una causalidad recíproca entre las metamorfosis de los modos de comunicación y la estructuración de

la percepción” (Piscitelli, 1995:19). Y me parece que el proyecto de las *metamorfosis tecnocognitivas*, propuesto por Piscitelli, merece ser explorado y debatido extensamente, pues no hay que olvidar que, en sus raíces, “theoría” quiere decir *ver*. El punto de partida es suficientemente provocador y estimulante:

La compleja dialéctica tecnología/cultura exige ser repensada, revisada, redefinida y “vuelta a dar” [...] Nunca como hoy fueron tan grandes las posibilidades que ofrece la tecnología y nunca como hoy estas posibilidades se ignoraron, ocultaron o despilfarraron. La cuestión de la tecnología –hecho filosófico por antonomasia, como bien señala Heidegger– merece un tratamiento más matizado y sutil que el que la historia de la tecnología o la ceguera sociológica generalmente le prestan. La etnotecnología pone de manifiesto las principales interferencias entre la producción de la subjetividad por parte de los medios [...] y las formas concretas de encarnación del individuo en el mundo social con los medios o contra ellos (Piscitelli, 1995:19-20).

Coincido también, en este sentido, con el investigador francés Dominique Wolton, para quien la comunicación es, “además de una apuesta teórica y científica fundamental, una apuesta política y cultural, puesto que mezcla de manera inextricable las dimensiones antropológicas, los ideales y las técnicas, los intereses y los valores” (Wolton, 2000:12). Si para él es indispensable “tocar el timbre de alarma para Europa” en cuanto a la

urgencia de “defender la diferencia fundamental entre comunicación *normativa* y *funcional*”, con mayor razón tiene sentido desde América Latina decir “sí a la comunicación como objetivo teórico; no a la comunicación como ideología” (*ibid.*:21).

Guadalajara, junio de 2000

# CAPÍTULO I

## LA IRRUPCIÓN DE INTERNET EN EL CAMPO DE ESTUDIOS DE LA COMUNICACIÓN

En el ámbito de las telecomunicaciones mundiales, ningún sistema había exhibido una capacidad de expansión tan rápida y de cobertura tan amplia como la red de redes informáticas conocida como Internet. Esta expansión puede explicarse desde diversos puntos de vista y con énfasis en distintas dimensiones, pero sin duda se trata de una manifestación central de los procesos de articulación del nuevo orden global, y requiere para su comprensión de la elaboración de marcos referenciales y teórico-metodológicos nuevos, estrictamente multidisciplinarios.

Desde la perspectiva de los estudios sobre la comunicación, Internet es un reto de cuyo enfrentamiento depende en gran medida la rearticulación conceptual y estratégica del campo, pues presenta características que hasta ahora ninguna otra aplicación tecnológica había conjuntado. Los marcos tradicionales para el estudio de los “medios masivos” (*comunicación social*) o de las “interacciones simbólicas” (*comunicación interpersonal*) quedan claramente desbordados por las diversas posibilidades de uso que Internet ofrece.

Pueden distinguirse tres fases en el desarrollo de Internet. La primera se desarrolló, desde los años sesenta en Estados Unidos, en el ámbito de los usos militares estratégicos, derivados de la guerra fría y la carrera por la supremacía espacial. La *arpanet*, auspiciada por el Departamento de Defensa a través de la *Advanced Research Projects Agency* (ARPA), permitió en 1969 la conexión entre computadoras instaladas en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), el Stanford Research Institute (SRI), la Universidad de California en Santa Bárbara y la Universidad de Utah.

La segunda etapa emergió en Europa y Estados Unidos en los años ochenta, en el ámbito científico y académico, cuando se establecieron los protocolos que facilitarían la expansión acelerada y la interconexión de diversas redes, como USENET, iniciada en 1979, o BITNET y CSNET, redes de intercambio científico, iniciadas en 1981 por la National Science Foundation con el apoyo de IBM.

La tercera fase, propia de los años noventa, se ha caracterizado por el paso de la expansión de un sistema de *servicio público* de cobertura potencialmente mundial al predominio de los usos comerciales y la diversificación de “servicios al cliente” especial, pero no únicamente, desde el desarrollo de la *World-Wide-Web* (www) a partir de 1991.

Los factores que han impulsado esos cambios son, por supuesto, esencialmente tecnológicos y económicos (Bolaño y Vasconcelos, 2000), pero también, crecientemente, políticos y culturales. La siguiente fase de desarrollo de Internet es, en esas dimensiones, objeto franco de especulación y, por lo tanto, de pugna discursiva.

De ahí la importancia de seguir críticamente –por fuera de cualquier fascinación– el debate.

### “Nuevas tecnologías”, Internet y la investigación sociocultural

A mediados de los años noventa, la *convergencia tecnológico-industrial y comercial* que había venido desarrollándose en y entre los campos de la informática, las telecomunicaciones y la difusión masiva se concentró en la “red de redes”<sup>2</sup>. Pero, a pesar de sus ya largos antecedentes, la rápida aparición de Internet en la esfera pública fue en muchos sentidos sorprendente. En un *informe especial* sobre el “ciberespacio”<sup>3</sup> encargado al canadiense Robert Everett-Green para el libro del año de 1996 de la *Encyclopaedia Britannica*, se resume muy bien la situación:

El ciberespacio como realidad presente tiene que ver principalmente con redes de computadoras vinculadas mediante líneas telefónicas. La mayor

<sup>2</sup> Según cifras de la Internet Society, en junio de 1993 había 130 “sitios Web”, mientras que en agosto de 1999 el número había llegado a 7.708.194.

<sup>3</sup> *Ciberespacio* es un término introducido por el novelista William Gibson, como lo señala Everett-Green: “El ciberespacio de Gibson, descrito en su novela *Neuromancer* (de 1984) y en varias obras posteriores, era un ambiente artificial creado por computadoras. A diferencia de una película, que presenta imágenes en movimiento sobre una superficie plana, el ambiente ciberespacial se representaría con realismo detallado en tres dimensiones y a los cinco sentidos. También permitiría un cierto grado de intimidad cara a cara entre personas ubicadas en lugares distantes. En una de las novelas de Gibson, por ejemplo, una mujer se ‘encuentra’ con un misterioso hombre de negocios afuera de la catedral de Barcelona, aunque en realidad está sentada sola en una oficina en Bruselas” (Everett-Green, 1996).

y más conocida de estas redes, la Internet, fue desarrollada en los años setenta como un apoyo a la investigación militar y académica en Estados Unidos. Tan recientemente como en 1990, la Internet era casi desconocida para el público en general. A fines de 1995, sin embargo, la red ha absorbido a millones de usuarios no afiliados a instituciones de defensa o universidades. El volumen de los intercambios entre esos usuarios, que sumaban entre 20 y 30 millones en 1995, sobrepasó los 30 *terabytes* por mes, es decir, un volumen de información suficiente para llenar 30 millones de libros de 700 páginas cada uno. Para muchos de los involucrados en estos intercambios, y para muchos más que no tienen experiencia en redes computacionales, “cibespacio” e “Internet” son términos que han llegado a ser prácticamente sinónimos.

Internet es un medio híbrido, que combina aspectos de la prensa, el teléfono, el tablero de avisos públicos y la carta privada. También permite transmisiones elementales de radio y televisión, sin la planta física requerida para la radiodifusión convencional. De hecho algunos comentaristas han pronosticado que la Internet o alguna red que la supere, eventualmente absorberá las funciones de la televisión, el teléfono y las publicaciones convencionales. Se habla de la “supercarretera de la información”, un término acuñado en 1992 por el entonces senador Al Gore Jr., para referirse a un sistema de comunicación electrónica unificado e interactivo. El prospecto de un sistema tal, capaz

de prestar una gama de servicios informacionales sin precedentes al hogar, escuela u oficina, ha desatado un cúmulo de alianzas estratégicas entre los intereses comerciales mayores de las industrias telefónica, de programación computacional y del entretenimiento. En 1995 el mundo de los negocios comenzaba a considerar a la mayoritariamente no comercial Internet como el equivalente electrónico de China: un mercado enorme, creciente y prácticamente inexplorado (Everett-Green, 1996).

Hay que recordar la obviedad de que el procesamiento, natural o artificial, de la información no es en absoluto una actividad recientemente establecida. Tampoco lo es su intercambio entre seres humanos con propósitos de supervivencia, control del entorno, organización social, construcción de conocimiento, comercio o ejercicio del poder. Lo que es históricamente novedoso es el desarrollo de tecnologías y sistemas (industriales y comerciales) para realizar masivamente estas actividades, la preponderancia creciente de este “sector” en la organización social global, y la necesidad de sistemas teóricos especializados para explicar estos fenómenos. La historia completa de las “ciencias de la comunicación”, que abarca ya más de un siglo (Rogers, 1993), coincide con el período de aceleración inaudita de estas transformaciones.

Y, no obstante, la irrupción de Internet en este campo de estudios parece haber sido extremadamente sorprendente, al grado de que los modelos y métodos adecuados para estudiarla están por proponerse y lejos de consolidarse. Será que, como afirmó Nicholas Negroponte, el director del *Medialab* del MIT (Massachusetts Institute

of Technology) en su bestseller *Ser digital* (1996), “en Internet todos somos novatos”.

Una exploración de las bases de datos internacionales sobre publicaciones en ciencias sociales (excluyendo, obviamente, las revistas de informática y ciencias de la computación) hace ver que entre 1992 y 1994 sólo aparecieron seis artículos sobre Internet en revistas de economía, y que apenas a partir de 1995 comenzaron a proliferar y a diversificarse, incluyendo unos cuantos artículos publicados en revistas de comunicación, como se aprecia en el Cuadro N° 1. Ahí mismo se anotan los artículos sobre el mismo tema, detectados en el mismo período en revistas latinoamericanas de comunicación<sup>4</sup>.

**CUADRO N° 1:**  
**ARTÍCULOS SOBRE INTERNET PUBLICADOS EN**  
**REVISTAS ACADÉMICAS**

Año	Artículos en revistas internacionales de ciencias sociales*	Artículos en revistas internacionales de comunicación*	Artículos en revistas latinoamericanas de comunicación**
1992	1	0	2
1993	1	0	0
1994	4	0	1
1995	73	1	0
1996	169	9	2
1997	202	6	9
1998	240	10	17

Fuentes: \* ProQuest, consultado por Francisco Hernández L.

\*\* búsqueda directa por Raúl Fuentes Navarro, 1999.

<sup>4</sup> Estos datos provienen de un artículo de revisión de “estado del arte” en la investigación sobre Internet dentro de los estudios de comunicación, en preparación por Francisco Hernández Lomelí y Raúl Fuentes Navarro (junio de 2000).

Estos datos indican, en principio, la muy reciente incorporación de los temas referidos a la Internet en la investigación académica de la comunicación, casi siempre como derivación de la temática de las “nuevas tecnologías de información y comunicación”, así como el rápido crecimiento del número de estudios publicados, en pocos años. Pero llama la atención especialmente que se encuentren más artículos en las revistas latinoamericanas que en los *journals* internacionales del campo. El análisis de esta revisión es objeto de otro trabajo, actualmente en preparación, aunque estos primeros hallazgos son evidencia suficiente de que la investigación sobre Internet como medio de comunicación apenas comienza, y de que quizá América Latina esté “al día” en la emergente exploración de algunas de sus múltiples dimensiones, a pesar de su “atraso” proverbial y su marginalidad en tantos otros aspectos, y de que la cobertura de Internet no rebasa todavía el 3% de la población mundial.

### El vértigo de la digitalización y la informatización de la sociedad

No obstante la sorpresiva irrupción de Internet en los noventa, la “informatización de la sociedad” es un proceso que comenzó a preocupar a los centros de poder de los países desarrollados desde la década de los sesenta. Además de los múltiples estudios, diagnósticos y prospectivos encargados al respecto por el gobierno norteamericano (McHale, 1981), circulan desde hace mucho en forma de libros los informes de comisiones nacionales de Francia (Nora y

Minc, 1980)<sup>5</sup>, Alemania (Reese *et al.*, 1982) o Japón (Masuda, 1984), entre otros. Todos ellos coinciden en que “los efectos sociales de la telemática son, sin duda, más importantes que sus efectos económicos, porque trastornan los juegos tradicionales de poder. Pero son también más difíciles de detectar: hay que determinar cuál es el motor principal, si la informatización o la sociedad, cuando ambos términos son ambiguos” (Nora y Minc, 1980:79).

En los países dependientes (no sólo tecnológicamente), la situación es quizá más difícil de evaluar y exige subrayar la importancia de las políticas gubernamentales en este ámbito estratégico. Por ejemplo, en un documento análisis sobre la telemática nacional realizado en los años ochenta, Alberto Montoya señala que “México se encuentra en una encrucijada histórica y las decisiones que se tomen en este momento tendrán repercusiones definitivas para el futuro de la sociedad [...] toda la política económica y social debe tomar en consideración el impacto de la microelectrónica y la telemática, ya que no es una cuestión ‘sectorial’ sino de implicaciones globales” (Montoya, 1993:22). En ese mismo sentido se han pronunciado todas las agencias y organismos internacionales de las Naciones Unidas que han abordado el tema.

Ya en 1983 Armand Mattelart y Héctor Schmucler, en un documento muy crítico sobre las políticas (activas o pasivas) de los Estados latinoamericanos con respecto a la informatización de la sociedad, constataban que “la implantación de los sistemas globales de comunicación

e información constituye ya un hecho real en América Latina. Nuevas tecnologías están penetrando a través de formas múltiples: a veces mediante las sutilezas del mercado que se dirige a los individuos; otras, a partir de reestructuraciones globales que abarcan los Estados y sus instituciones y, en un sentido más amplio, la totalidad de la trama social” (Mattelart y Schmucler, 1983:11). Concluían que:

Junto con el proceso de institucionalización informática, en América Latina se expanden ideas mesiánicas: la virtual gratuidad de la información, el poder de la información y la interdependencia que determina la información. La lógica que preside estas ideas no tiene resquicios y su funcionamiento ofrece al mundo la promesa de máxima libertad y de la mayor capacidad de elegir y decidir. En efecto, si la información es gratuita, todos pueden tener acceso a ella; si la información otorga poder, y como está al alcance de todos, el poder puede estar en todas las manos; si la planetarización de la información genera interdependencia, no existen riesgos de que ese poder pueda ser utilizado para que unos dominen a los otros. Sin embargo, la realidad muestra otros datos que el mito diluye: son los actores sociales los que, en su acción, seleccionan y otorgan valor de uso a la información. La relación entre ambas –información y acción– está en el centro de la actual encrucijada de América Latina (Mattelart y Schmucler, 1983:131).

<sup>5</sup> En este informe se introdujo el término *telemática*, preferible sin duda sobre otros, como “comunicación”, también propuestos en la época para nombrar la convergencia entre computación y comunicaciones.



En el plano político-conceptual, entonces, el debate no tiene por qué ser una novedad para la investigación crítica de la comunicación. Convendría releer muchos estudios que en su momento tuvieron sólo un impacto relativo y luego fueron olvidados.

La actual "globalización" de la economía tiene, en muchos sentidos, su base en la extensión de las redes telemáticas, que comenzó a realizarse cuando, a mediados de los años cincuenta, confluyeron los desarrollos de la tecnología informática y de la tecnología de las telecomunicaciones, mediante la *digitalización*<sup>6</sup>, y la superposición de un valor de cambio al valor de uso de la información. Manuel Martín Serrano señala que "establecer la medida cuantitativa de la información ha sido la conquista más reciente de la forma de producción capitalista, y tal vez represente la culminación de su éxito histórico, a 400 años de ininterrumpida apropiación de las actividades naturales y sociales para incorporarlas al mercado" (Martín Serrano, 1992:65). Más recientemente, en la creciente reflexión sobre esta línea, Manuel Castells ha desarrollado un extenso y documentado análisis histórico-estructural de la *Era de la información* (1999) en tres volúmenes, en donde argumenta la emergencia de "la cultura de la virtualidad real", asociada a "la integración de la comunicación electrónica, el fin de la audiencia de masas y el desarrollo de las redes

<sup>6</sup> Proceso de codificación de las señales de cualquier tipo en lógica binaria, representada por "1" y "0", o "sí" y "no" o "abierto" y "cerrado", que mediante dispositivos electrónicos permite realizar múltiples operaciones sobre la información, en mayores volúmenes, a mayor velocidad y con mayor precisión que la lógica *analógica* (McHale, 1981).

interactivas" (Castells, 1999:I:359-408). El análisis de esta obra merece un estudio aparte.

Pero no parece quedar duda, sobre estas bases, de que los usos sociales de la comunicación están en proceso de redefinición, integrando los hasta hace poco distintos *espacios* (público y privado) y *tiempos* (de trabajo y de ocio) en un *megasistema* de información-organización-acción: "Ahora la información está destinada a penetrar en el ámbito de todo lo programado y de todo lo programable; es decir, en todo nivel natural o artificial, material o inmaterial, que sea susceptible de ser intervenido por el hombre. Este horizonte hace prever que la comunicación se va a refuncionalizar aceleradamente" (Martín Serrano, 1992:66).

Esta *refuncionalización* acelerada de la comunicación es un factor de evidente trascendencia para el campo de los estudios sobre la comunicación y la cultura "de masas". No se trata sólo de la aparición de un "nuevo" medio, sino de un cambio mayor. En consecuencia, más allá de reeditadas posiciones "apocalípticas" o "integradas" (Eco, 1968) o de los extremos discursivos que pudieron representar hace más de treinta años *El hombre unidimensional* (Marcuse, 1968) o *La comprensión de los medios como extensiones del hombre* (McLuhan, 1968) al respecto, los desafíos teórico-metodológicos provenientes de los desarrollos tecnológicos de los sistemas de información/comunicación y, sobre todo, de su imbricación multidimensional en la economía, la política y la cultura, exigen pensar críticamente *El entorno cambiante de la información* (McHale, 1981) en términos de una *Comunicación-mundo* (Mattelart, 1993) y sus implicaciones en cuanto a los desequilibrios, desigualdades y

diferencias sociales preexistentes<sup>7</sup>. Siempre habría que recordar datos elementales sobre la creciente desigualdad en el mundo, para reflexionar sobre el significado de las tendencias de la informatización, como lo hace Aníbal Ford, por ejemplo:

Si como dice el slogan de Internet, “lo que no está en Internet no existe”, ¿qué pasa con los países que no tienen infraestructura para utilizar la red? Es decir, es importante ante tanta apología y mitologización de la globalización, o mejor, de las formas en que ésta se produce, poner en escena los diferentes tipos de desigualdades infocomunicacionales que acompañan a las diversas y crecientes brechas entre riqueza y pobreza que se producen en la sociedad contemporánea. Ante un discurso hegemónico que habla como si todos los habitantes de la tierra tuvieran una computadora y estuviesen conectados con Internet, es importante recordar que gran parte de los habitantes del planeta carece de teléfonos, televisores, diarios y que incluso no ha tenido todavía acceso a la alfabetización (Ford, 1999).

La temática de la “globalización” o “mundialización” tiene que explorarse en nuevos términos, con énfasis en la cultura y sus enlaces estructurales, y algunos de

---

<sup>7</sup> El enfoque de las “brechas” sociales incrementadas por las innovaciones tecnológicas ha estado presente desde hace por lo menos dos décadas en la investigación latinoamericana sobre la comunicación y la información, y sigue siendo críticamente pertinente. Véase, por ejemplo, Josep Rota y otros (1986), o Pasquali (1992).

los autores de mayor influencia en los estudios latinoamericanos de la comunicación lo han estado haciendo desde posturas críticas renovadas (Ortiz, 1994; Mattelart, 1998). Néstor García Canclini propone que:

Las escisiones que hoy separan a las ciencias sociales ocurren, en gran medida, entre quienes buscan armar relatos épicos con los logros de la globalización (la economía, cierta parte de la sociología y la comunicación) y los que construyen narraciones melodramáticas con las fisuras, las violencias y los dolores de la interculturalidad (la antropología, el psicoanálisis, la estética). [...] Es necesario mantener la sorpresa y admitir la multiplicidad de narraciones. Pero si no es cuestión de escribir una novela un poco más compleja, sino de elaborar explicaciones e interpretaciones de lo que construimos como real, necesitamos preguntarnos si son o no compatibles estas distintas narraciones y aspirar a descripciones densas que articulen las estructuras más o menos objetivas y los niveles de significación más o menos subjetivos. Hay que elaborar construcciones lógicamente consistentes, que puedan contrastarse con las maneras en que lo global “se estaciona” en cada cultura y los modos en que lo local se reestructura para sobrevivir, y quizás obtener algunas ventajas, en los intercambios que se globalizan (García Canclini, 1999:34-35).

En pocas palabras, los objetos de estudio que es necesario reformular no son sólo los *productos* tecnológicos

nuevos como tales, o las *tecnologías* como lógicas de uso de determinados recursos (en este caso los informáticos), independientemente de que se les considere “nuevas” o no. Se trata de algo mucho más amplio y profundo: los cambios inducidos en las relaciones socioculturales entre sujetos y sistemas, en la organización de la vida cotidiana y de sus representaciones cognitivas, en la distribución de las posiciones de poder y del control de los espacios y los tiempos en que se sitúa toda actividad humana.

A pesar de que muchas de las reflexiones sobre este cambio cualitativo en las coordenadas básicas de la vida social enfatizan las tendencias hacia la *homogeneización* cultural, parece ser al menos igualmente pertinente atender las consecuencias diferenciales sobre los desequilibrios y desigualdades económicas, políticas y culturales de los sectores en que se aplica, sean éstos países, regiones, grupos o individuos, entre los cuales hay crecientes *brechas* de desarrollo. Hace ya un buen tiempo que el estadounidense Herbert Schiller así lo advertía:

Bajo el estímulo de criterios de mercado, las nuevas tecnologías de información, a pesar de todas sus características y potencial estimulantes; acaban por facilitar las actividades y ampliar la influencia de los elementos ya dominantes dentro del orden social. Al mismo tiempo, la costumbre de tratar la información como un lujo, consecuencia de aplicar criterios de mercado a la misma, presagia una exacerbación de viejas injusticias en nuevas modalidades (H. Schiller, 1983:14).

Más reciente y cercanamente, al criticar la idea de la sociedad informatizada como “una nueva utopía”, el mexicano Gonzalo Zavala llegaba a la conclusión, aparentemente negativa, de que “es errónea la idea de que, en el marco de las relaciones actuales, la sociedad informatizada se pueda plantear, primero, como necesariamente universal; segundo, como una opción cuya eventual elección queda al libre albedrío de los pueblos y naciones; y tercero, que su ‘advenimiento’ corre paralelo al fortalecimiento de la paz en el mundo” (Zavala, 1990:136). La aparente negatividad de este planteamiento se disipa al considerar las condiciones diversas que la adopción de los sistemas telemáticos impone a sociedades o sectores (o sujetos) con diversas capacidades y prioridades de uso. Inevitablemente, la propia tecnología está cargada de ideología, es decir, de una interpretación (o gama limitada de interpretaciones) que articulan necesidades y soluciones desde una definida posición que en mayor o menor medida excluye otras posibles. Por ello, Zavala caracterizaba la concepción de la “sociedad informatizada” como una “utopía neoconservadora”.

Por otro lado, el trabajo de investigadores críticos norteamericanos como Dan Schiller (1993, 1994) continúa la crítica tanto ideológica como estrictamente teórica a los seguidores de la corriente inaugurada por Daniel Bell (con *The Coming of Postindustrial Society*, 1976), subrayando la reducción planteada de “sociedad de la información” a “economía de la información” y la escisión casi total del concepto con las dimensiones política y cultural:

Por supuesto, en sí misma, la atención prestada a cuestiones como el creciente comercio de servicios de información, la expansión de la fuerza laboral en la información, el despliegue de las aplicaciones corporativas de la tecnología de la información, incluso la magnitud de la capacitación y la “formación del capital humano”, era muchas veces inobjetable, hasta iluminadora en ocasiones. Pero por lo general, la consideración de dichos temas sirvió para distraer la atención de la continuada experiencia de la división social, de la inequidad agravada y del conflicto político (D. Schiller, 1994:97).

La oposición inducida por Bell y otros entre los términos “información” y “cultura” para objetivar la dinámica del *conocimiento social*, criticada por Dan Schiller, tiene la misma base referencial que la escisión señalada por Martín Serrano entre los usos de la comunicación para la producción y los usos de la comunicación para la reproducción social, que tiende a relegar los estudios macrosociológicos y a enfatizar la *instrumentalización* de la teoría y las políticas de comunicación en un proceso netamente político:

La decisión de reorientar los estudios sobre la comunicación hacia contenidos y usos instrumentales fue una medida consciente y explícitamente adoptada en primer lugar por los gobiernos de Estados Unidos y de Inglaterra. Al tiempo que estos países dejaban de financiar a la UNESCO, se propusieron yugular el progreso teórico y la

popularidad que durante la década de los setenta había alcanzado la sociología de la comunicación en los países industrializados, pero sobre todo en el Tercer Mundo. [...] Esto se debió a que la crítica del dominio económico y cultural de los países sobreindustrializados sobre los países dependientes se había centrado precisamente en la denuncia de las nuevas modalidades de expropiación espiritual y material que se facilitan mediante el control de las comunicaciones (Martín Serrano, 1992:67).

De manera que la crítica a la expansión del universo telemático, aquí sólo insinuada, no necesariamente implica la oposición a las innovaciones tecnológicas de la comunicación o el manejo de la información, y menos aún por su significación económica, sino más bien a la sobresimplificación “ideológica” del sentido *político* y *cultural* de su empleo e inserción en estructuras sociales en que incrementan la desigualdad. Obviamente, los enfoques microteóricos impiden ver estos “impactos”, al recortar su alcance a unas cuantas relaciones y eludir la complejidad de las realidades que pretenden “explicar”.

### **De los medios a las mediaciones, nuevamente**

El pensamiento contemporáneo parece escindido entre el cinismo tecnocrático y el no menos cínico pesimismo “crítico”. Las elaboraciones utópicas parecen estar perdiendo nuevamente el lugar que, después del Renacimiento, recuperaron en el siglo XIX, como proyecciones de la viabilidad futura de la vigencia sociocultural concreta de ciertos valores. La modernidad, en crisis en los

países “avanzados” y “al alcance de la mano” en el resto del mundo, sintetiza lo que fueron sus promesas movilizadoras en las pesadas, conflictivas y cada vez más inhabitables concentraciones urbanas.

En las ciencias sociales el pensamiento teórico se declara “en crisis”. Miles de páginas se han escrito en los últimos años para analizar y ejemplificar los argumentos que, desde todas las posiciones imaginables, explican la ruptura, el desmoronamiento de los “paradigmas” supuestamente vigentes en el estudio social en las décadas pasadas. Así, a la crisis, a la transformación brusca de los fenómenos objeto de estudio de las ciencias sociales, se sobrepone la crisis de los sistemas conceptuales sobre los que se basaban las explicaciones, que nunca fueron suficientemente satisfactorias, del devenir sociocultural.

Probablemente para las tres principales disciplinas sociales orientadas al estudio del comportamiento —la antropología, la sociología y la psicología—, la “crisis de paradigmas” tenga referentes bien definidos. Pero la historia, la economía y la ciencia política, también ciencias sociales aunque organizadas de otra manera, parecen escaparse de este modelo de análisis. Será porque, institucionalizadas en los Estados Unidos bajo ciertas condiciones, a las tres primeras se les asignó el conocimiento de los tres niveles fundamentales de la existencia sociocultural: la cultura, lo simbólico y lo “exótico” a la antropología; la estructura, la institucionalidad y la acción social a la sociología; la subjetividad, la inteligencia y la interacción a la psicología, y se les reconoció la “propiedad” de ciertos métodos: el trabajo de campo y la observación etnográfica a la antropología; la encuesta y el estudio de caso a la sociología; el experimento y los tests de medición

individual a la psicología. Esta división de “territorios” y de métodos, universalizada, pareció corresponder al patrón de desarrollo y práctica científica de las ciencias naturales, aquellas que Kuhn hipotetizó organizadas “normalmente” alrededor de “paradigmas” (Kuhn, 1962).

Pero ante la complejidad del mundo económico-político y sociocultural, y su rápida transición de una época histórica a otra, inciertamente definida aún, campos de estudio como el de la comunicación, emergentes como intersecciones no definidas ni por un nivel ni por un método, e incipientemente institucionalizado hasta la fecha, tienen la posibilidad —y la responsabilidad— de afirmarse como generadores de una nueva comprensión de los fenómenos, integrando saberes acumulados en muy diversas disciplinas con referentes insuficientemente problematizados. Entre los estudiosos de la comunicación y la cultura en América Latina, Jesús Martín Barbero ha ocupado, desde los años ochenta, un lugar especial en este sentido. Su obra *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía* (1987) ha sido reconocida como un aporte trascendental para la orientación del campo. Ya en 1980, en su revisión de los “Retos a la investigación de comunicación en América Latina”, Martín Barbero advertía que:

Las nuevas tecnologías de comunicación se presentan y reciben como la matriz de un nuevo modelo social, de una pseudo-utopía con la que el capitalismo conjura su crisis y pretende salvarse esta vez. Aunque se tratará de esto más en detalle como uno de los campos estratégicos a investigar, dejemos planteado el aspecto que más interesa.

Para una reflexión crítica que sigue seriamente amarrada a una concepción instrumentalista de la técnica, el peso histórico y el entramado político de esas tecnologías, la racionalidad que ellas materializan, se escapa, desaparece. O fascinación o rechazo maniqueo. Cuando lo necesario y urgente es la puesta en relación de las “posibilidades” que esas tecnologías ofrecen con el modelo de sociedad en que se inscriben. No para rechazarlas sino para comprender su verdadera configuración y su alcance en el mantenimiento y aun el reforzamiento de las actuales estructuras sociales y de los “cambios” que indudablemente acarrearán (Martín Barbero, 1983:100).

Casi dos décadas después, en el prefacio a la quinta edición de *De los medios a las mediaciones*, Martín Barbero retoma, precisa y reelabora la propuesta de una reflexión crítica sobre la comunicación y la cultura, en la que el análisis de la *tecnicidad* se constituye en la mediación privilegiada para el estudio de la relación entre “lógicas de producción” y “formatos industriales”. En el “nuevo mapa de las mediaciones”, aun sin aludir directamente a Internet, Martín Barbero apunta una serie de cuestiones que la investigación tendrá que enfrentar:

La comprensión del funcionamiento de las lógicas de producción moviliza una triple indagación: sobre la *estructura empresarial* –en sus dimensiones económicas, ideologías profesionales y rutinas productivas–; sobre su *competencia comunicativa* –capacidad de interpelar/construir públicos,

audiencias, consumidores–; y muy especialmente sobre su *competitividad tecnológica*: usos de la tecnicidad por los que pasa hoy en gran medida la capacidad de innovar de los formatos industriales. Pues la *tecnicidad* es menos asunto de aparatos que de *operadores perceptivos* y destrezas discursivas. Confundir la comunicación con las técnicas, los medios, resulta tan deformador como pensar que ellos son exteriores y accesorios a la [verdad de la] comunicación. [...] La mediación estratégica de la *tecnicidad* se plantea actualmente en un nuevo escenario: el de la globalización y su convertirse en *conector universal de lo global* [...]. Ello no sólo en el espacio de las redes informáticas sino en la *conexión* de los medios –televisión y teléfono– con el computador replanteando aceleradamente la relación de los discursos públicos y los relatos [géneros] mediáticos con los formatos industriales y los textos virtuales. Las preguntas abiertas por la *tecnicidad* apuntan entonces al nuevo estatuto social de la técnica, al replanteamiento del sentido del discurso y la praxis política, al nuevo estatuto de la cultura y a los avatares de la estética (Martín Barbero, 1998:xix).

Tales preguntas exigen un movimiento muy complejo de los recursos científicos y académicos de los investigadores de la comunicación y la cultura, de la política y la economía, de la sociedad y de la historia. Ese movimiento ha comenzado ya y requiere de altas dosis de reflexión y de discusión para acelerarse, al menos,

al mismo ritmo de desarrollo que mueve a sus referentes. Porque como señala Armand Mattelart,

El hecho de que *comunicar* y *globalizar* se hayan erigido, uno y otro, a lo largo de los años ochenta en verbos intransitivos, expresa de forma muy significativa el vaciamiento de sentido de las palabras en beneficio de innovaciones semánticas provenientes de los espacios mercantiles. Esta nueva configuración del lenguaje común apenas si enmascara la realidad: la tecnoutopía de una modernidad carente de proyecto ha barrido el sueño emancipador de un proyecto de modernidad basado en el deseo de acabar con las desigualdades y las injusticias. El pensamiento gerencial, por otra parte, incita abiertamente a creer que este ideal está superado. El espacio que debiera ocupar un verdadero proyecto social, lo usurpa el determinismo tecnomercantil, que instituye a la comunicación sin fin como heredera del progreso sin fin. La primera recicla la concepción lineal y difusionista de la modernización difundida por la segunda. La llamada era global, en efecto, dista mucho de haber puesto término al etnocentrismo vigente durante la era imperial. El nuevo darwinismo liberal reconduce el viejo proyecto escatológico de la occidentalización del mundo (Mattelart, 2000:14).

CAPÍTULO 2  
LA INCOMPENSIÓN DE LOS MEDIOS  
Y LA NECESIDAD DE IMPENSAR<sup>8</sup>  
LA COMUNICACIÓN MEDIADA

En el ya lejano y añorado 1970, un crítico californiano de cine, Gene Youngblood, en un libro significativamente titulado *Expanded Cinema*, sugirió que nos encontrábamos ya entonces en la *Era Paleocibernética*, “en transición de la era industrial a la era cibernética... combinando el potencial primitivo asociado al Paleolítico y las integridades trascendentales del ‘utopismo práctico’ asociado a la Cibernética” (Youngblood, 1970:41).

Youngblood retomaba conceptos de Teilhard de Chardin y, sobre la *litósfera* o dimensión de lo inanimado y la *biósfera*, dimensión de la vida, enfatizaba la *noósfera* o dimensión cultural, de donde extraía la idea de que nuestro entorno o ambiente natural está constituido por el conjunto de mensajes y redes de información de los medios masivos, si bien consideraba anacrónico su contenido:

En este momento de la Era Paleocibernética, los mensajes de la sociedad, tal como se expresan en las redes intermediáticas, han llegado a ser

---

<sup>8</sup> El término “impensar” emula la propuesta de Immanuel Wallerstein (1998) con respecto a las ciencias sociales, que a diferencia de la tarea de “repensar”, implica el abandono de ciertas premisas “tradicionales” que se han vuelto obstáculos para pensar los desafíos actuales.



totalmente irrelevantes para las necesidades actuales del organismo. La situación equivale a aquella en que el sistema nervioso del individuo transmitiera información errónea sobre la condición metabólica y homeostática del propio cuerpo (Youngblood, 1970).

Además, seguía Youngblood, la tecnología ha hecho posible el surgimiento de la *videósfera*, dimensión vital de la sociedad global, regida por la simbiosis de la televisión y la computadora. Esta dimensión ha ido desarrollando un ambiente totalizador en donde el papel del hombre en el control de la naturaleza es radical, y por ende exige redefiniciones de la esencia del individuo y de la sociedad, así como una “nueva conciencia” sobre la comunicación, la expresión y la información.

La propuesta en la que desembocaba el discurso de Youngblood, muy a tono con el ambiente cultural imperante en los años sesenta y setenta en California, el mismo en el que surgió la informática digital (Castells, 1999), suena ahora muy limitada: un cine *sinestésico*, que reflejara una nueva percepción del mundo circundante y de la conciencia sobre él, radicalmente distinta de la “tradicción dramática y comercial”, manipuladora, de los medios. Por una parte, la obra de sociólogos como John McHale o Daniel Bell, y sus continuadores y críticos después de los sesenta, y, por otra, el desbordado crecimiento de las industrias electrónica y cultural transnacionales, sus productos y aplicaciones globales, han superado con creces las desafortunadas profecías zen-tecnocráticas de hace casi treinta años. Pero la “conciencia” no parece haber cambiado mucho los usos y abusos de esas industrias postindustria-

les. La *videósfera* global sigue, en buena medida, atada a la tradición dramática y comercial, manipuladora, de los medios. Los contenidos en poco han cambiado, aunque se hayan transformado los lenguajes, los ritmos, los soportes tecnológicos y la extensión de los públicos de los medios.

Esta referencia bibliográfica ya antigua, que por supuesto citaba extensamente a McLuhan y otros precursores de la mitología actual sobre la “videósfera multimediática”, permite contrastar los ritmos de asimilación del pensamiento teórico o explicativo con los ritmos de asimilación de las prácticas cotidianas. Antes de que se pusiera de moda hablar de la “posmodernidad” como lenguaje o de las redes telemáticas globales como referentes comunes, la cultura audiovisual era ya objeto de preocupaciones y de exageraciones, de esperanzas y de temores, seguramente desmesurados al mismo tiempo que insuficientes para adelantar “el próximo paso”.

Es enormemente significativo que siga vigente la agitación social, y los movimientos efectivos, por censurar la difusión de ciertos contenidos o formas consideradas “inconvenientes”, “políticamente incorrectas”, si no es que “inmorales”, cuando se vehiculan por el *World Wide Web*, y que una de las respuestas radicales en defensa de la libertad de expresión sea la “declaración de independencia del ciberespacio”, que entre cosas dice a los gobiernos del mundo que:

El Ciberespacio consiste en transacciones, relaciones y pensamientos propios. Se formó como

---

9 Transmitida vía Internet, desde Davos, Suiza, por John Perry Barlow, “disidente cognoscitivo”, cofundador de la *Electronic Frontier Foundation*, el 8 de febrero de 1996.

una ola en el tejido de nuestras comunicaciones. El nuestro es un mundo que está por todas partes y en ninguna parte, pero no está donde viven los cuerpos. Creamos un mundo al cual todos entramos sin prejuicios o privilegios otorgados por la raza, poder económico, fuerza del ejército o lugar de nacimiento. Creamos un mundo donde alguien, en cualquier parte, expresa sus creencias, no importa qué tan singulares, sin miedo de ser coaccionado en silencio o conformismo.

[...] Sus cada vez más obsoletas industrias de la información se perpetuarán a sí mismas proponiendo leyes, en USA y en otras partes. Esa demanda posee el mismo lenguaje en todo el mundo. Estas leyes declararán que las ideas son otro producto industrial, no más nobles que una plancha. En nuestro mundo cualquier cosa que la mente humana pueda crear se puede reproducir y distribuir infinitamente a ningún costo. La transmisión global del pensamiento ya no requiere de sus fábricas para lograrlo. [...] Crearemos una civilización de la Mente en el ciberespacio. Puede ser que ésta sea más humana y justa que el mundo que los gobiernos han hecho antes (Barlow, 1996).

El anarquismo creativo es intelectualmente fascinante y es enormemente alentador que siga teniendo expresiones tan vigorosas, así sean mitificadoras. Hay batallas libertarias del siglo XIX y aun de antes que todavía no desembocan en la victoria final de ninguno de

los contendientes. En referencia al espacio audiovisual estas batallas se siguen dando, en muy diversos frentes, veinticuatro horas al día, y a todo color. Sin duda hay signos de que avanza un poco la tolerancia pluralista, pero también de que la lógica industrial y mercantil en la producción y circulación de la cultura, ahora mundializada, se fortalece.

Cambiando de perspectiva, aunque no de tema, puede reconocerse que, con todas sus disparidades y desequilibrios, el desarrollo industrial de los medios de difusión masiva en América Latina ha sido notable y ha dotado a la región de amplios recursos para el fortalecimiento de las identidades culturales y la participación latinoamericana en la cultura universal. En este desarrollo, con sus peculiaridades regionales, han contribuido los Estados y los empresarios privados, pero sobre todo, de una manera destacada, los creadores, realizadores, técnicos, artistas y otros trabajadores de la comunicación.

A pesar, entonces, de la avasalladora importación de productos audiovisuales estadounidenses, con los referentes culturales implícita y explícitamente contenidos en ellos, que no habría que olvidar que resultan en general mucho más baratos que las producciones locales, algunas de las industrias latinoamericanas del audiovisual han logrado establecerse como productoras de una oferta cultural apropiada y, en no pocas ocasiones, de alta calidad, estrechamente relacionada con algunos ingredientes de la identidad cultural latinoamericana. El ejemplo más claramente reconocido en este sentido es el desarrollo del género "telenovela", su profundo arraigo entre las grandes mayorías latinoamericanas y

su importancia como producto cultural de exportación a prácticamente todo el mundo. Sin duda, un buen ejemplo de la fortaleza de la “tradicón dramática y comercial”, manipuladora, de los medios.

Pero en múltiples foros y debates académicos y gubernamentales latinoamericanos se planteó en los años ochenta y noventa la necesidad de reorientar las acciones y las visiones con respecto al espacio audiovisual y a la forma más adecuada de ocuparlo en el contexto de la globalización y de la mundialización de la cultura. Un ejemplo de este discurso, sobre el que en la práctica hay muy pocos signos de avance, es el siguiente:

Durante mucho tiempo los medios fueron el eje de una política audiovisual concebida como mero instrumento de *difusión* de la cultura. Ahora se trata de asumirlos como espacio fundamental de *producción cultural* y de la transformación del campo educativo. Las nuevas políticas audiovisuales deberán ser capaces de hacerse cargo de lo que los medios de comunicación tienen de –y hacen con– la cultura cotidiana de la gente, y de implicar al sistema educativo en la transformación de las relaciones de la escuela con las tecnologías, los lenguajes y los productos audiovisuales (UNESCO *et al.*, 1991).

Son muchos y muy variados los argumentos y puntos de vista que confluyen en la complejidad de la formulación y el ejercicio de políticas culturales con esas características. Pero es ya indudable que pensar la cultura exige partir de que más que a través de la escuela, la escritura o

las bellas artes, las visiones del mundo para la inmensa mayoría de la población mundial se forman y transitan primordialmente en el espacio audiovisual, esa cada vez más compleja interrelación entre “medios” que nos sumerge, literalmente, en un universo de mensajes, imágenes y esquemas tanto de percepción como de expresión, cada vez más totalizante. La rápida expansión de Internet, aún muy minoritariamente accesible pero con un amplio futuro inmediato, no hace sino reforzar esta preocupación.

La preeminencia de la cultura audiovisual por encima de otras instancias, más tradicionales, de la cultura “formal”, tiene una especial significación en América Latina, dados los porcentajes prevalecientes de analfabetismo (absoluto y funcional), los relativamente bajos índices de escolaridad de la población, la sensibilidad propia de las múltiples combinaciones de culturas europeas, indígenas y africanas que constituyen los mestizajes latinoamericanos, y el ritmo de expansión de la cultura mundializada y sus relaciones con las culturas regionales y locales. No sólo se trata de una realidad y un desafío económico o político, sino cultural en su sentido más amplio, el que tiene que ver con la construcción de los esquemas de representación del mundo en los individuos, las comunidades y las sociedades. Es decir, es un problema cultural y educativo porque es un reto a las formas básicas de construcción del conocimiento, aunque habría que tener mucho cuidado con formulaciones apresuradas de sus implicaciones, sobre todo si no se matiza suficientemente en términos conceptuales (Sartori, 1998; Popper y Condry, 1998).

## El problema del conocimiento en el universo telemático

Múltiples estudios y reflexiones han puesto en evidencia en los últimos años que la acelerada expansión de la capacidad tecnológica de codificación y difusión informativa, y la consecuente *digitalización* de cada vez mayores porciones de la operación cotidiana de los sujetos, por una parte, y por otra, la recomposición de los sistemas de interpretación del mundo, antes localizados y cada vez más *globalizados*, han ido cambiando los modos predominantes de producción social del sentido. Pero está claro que este proceso de recomposición del mundo y sus representaciones ante y desde los sujetos, dista mucho de estar concluido como *transición histórica* y se caracteriza, más que por otra cosa, por las contradicciones multidimensionales que lo constituyen y que exacerba. Los usos y los recursos informativos se articulan cada vez con mayor complejidad a los poderes económicos, políticos y culturales, y la diversidad de sistemas cognitivos y axiológicos se ve al mismo tiempo cercada por la racionalización y la radicalización: por la tendencia a la reducción a una sola *lógica*, universal y utilitaria, y por el repliegue defensivo e intolerante a los rasgos diferenciales de las identidades.

La *producción en común de sentido*, mecanismo fundamental de la socialidad humana, se ve así forzada a operar instrumentalmente desde la racionalidad de poderes ejercidos a escalas mundiales y cada vez más impersonales o descentrados de la subjetividad, y desde la reafirmación del dominio de las particularidades locales, cerradas al intercambio más allá de ciertos límites tradicionalmente definidos, que al verse amenazados, se

estrechan. Las telecomunicaciones informatizadas están en el centro de este proceso, son su condición de posibilidad. Los sistemas *telemáticos*, síntesis de las comunicaciones a distancia y el procesamiento automático de la información, abarcan cada vez más esferas de la actividad humana.

La interacción entre sujetos, cada vez más complejamente mediada por esta tecnología, tiende a disolver el sentido en la *objetividad*: la comunicación se reduce a la actualización del sentido unilateralmente generado y difundido o, en el mejor de los casos, a la incorporación por el sujeto de las condiciones de operación del sistema, no siempre más amplias que las del entorno natural.

No obstante, la posibilidad de “saltos cualitativos” en la interacción subjetiva para la producción de sentido sobre las prácticas socioculturales, comienza a ser real para mayor número de sujetos en mayor número de situaciones, conforme avanza la tecnología y las condiciones de su operación por el sujeto rebasan las disponibles al margen de ese sistema. Los ejemplos actuales son múltiples y la adaptación cultural sorprendente en muchos de ellos. Si es correcta la imagen de la “transición”, habrá que imaginar sus límites: qué tipo de interacciones comunicativas no podrán ser mediatizadas tecnológicamente en el futuro inmediato, así sea por razones económicas, físicas, sentimentales o de cualquier otro género, en términos del sentido más pleno de la existencia.

Rearticular los procesos subjetivos e intersubjetivos de *significación*, a través de los *esquemas perceptuales e interpretativos* que en cada sector cultural median las relaciones posibles con las estructuras y los sistemas objetivos de procesamiento y difusión de la *información*,

es una clave que, además de restituir la *complejidad* de los procesos socioculturales en los modelos de comunicación, puede servir para enfatizar la *agencia* o acción transformadora implícita en las *prácticas de comunicación*, es decir, en la interacción material y simbólica entre sujetos concretamente situados, que supone la recurrencia por parte de ellos tanto a sistemas informacionales como a sistemas de significación, cuya competente *mediación* determina la producción y reproducción del sentido: el de las prácticas socioculturales de referencia y el de la comunicación misma.

En este sentido, la propuesta del investigador mexicano Guillermo Orozco sienta las bases no sólo para comprender de una manera más apropiada los problemas de la construcción del conocimiento social en esta época, sino también y sobre todo para fundamentar la *acción*:

La interrelación fundamental entre conocimiento, discurso y poder se da a través del control. Es en el control donde el poder se hace realidad y donde se muestra la efectividad del discurso y la relevancia de los conocimientos que lo sustentan. Y viceversa, es en la ausencia de control donde se evidencia el fracaso de ciertos discursos y sus representaciones y la falta de poder.

Los medios de comunicación son poderosos no porque sean un poder en sí mismos, un "cuarto poder", sino porque constituyen un espacio donde se gana, se mantiene o se pierde el poder. Esto debido a que las sociedades de fin de milenio están basadas cada vez más en sistemas de

información e imagen, sistemas que a su vez, constituyen mecanismos privilegiados de control. Sistemas informativos que generan sus propias lógicas y códigos, por lo que para usarlos y servirse de ellos es necesario relacionarse con su propio lenguaje, aprendiendo los códigos y las lógicas correspondientes (Orozco, 1996).

La *educación para los medios* es entonces un proyecto de alta relevancia social, de donde surja una *pedagogía crítica de la representación*, pues "si el gran poder de los medios consiste en 'certificar' el conocimiento de la realidad, a través de sus alianzas con el bloque del poder y de su potencial tecnológico para construir discursos, metáforas, y legitimarlas, esto es, para construir y cada vez más, monopolizar las representaciones de lo social, el para qué de la educación de las audiencias consistiría en deconstruir esas representaciones, mejorando sus competencias analíticas y comunicativas para construir las propias y, a la vez, sus capacidades organizativas para presionar por difundirlas en los medios. Porque hay que llegar a los medios en tanto *esferas públicas* y poner a circular ahí las propias representaciones (Orozco, 1996).

El problema del conocimiento en el espacio telemático es entonces, además de una cuestión epistemológica y teórica de importancia prioritaria para los investigadores sociales, un asunto de relevancia política fundamental. De ahí la necesidad de incrementar no sólo las discusiones tanto académicas como públicas, y las acciones de grupos sociales responsables al respecto, sino también de buscar la forma de articularlas eficientemente entre

sí, para poder encontrar las opciones de “salida” de esta etapa de *transición cultural* hacia una sociedad global en que la vida de los sujetos sea más equilibrada, justa y disfrutable.

### **Hacia una teoría sociocultural postdisciplinaria de la comunicación**

Sólo en la última década, la bibliografía que busca re-establecer ciertas certezas teórico-metodológicas en torno a la comunicación y su estudio académico es ya inabarcable, incluyendo intentos cada vez más radicales de formular los fundamentos epistemológicos de nuestro campo, como los de Anderson (1996), Schiller (1996) o Mumby (1997) en el mundo anglosajón, Miège (1996) o Wolton (2000) en el francés, Sodré (1998) en el latinoamericano, y otros muchos más. Dan Schiller resume la necesidad actual de *impensar* la comunicación:

Hoy la extensión y el significado de la comunicación se han vuelto virtualmente incontenibles. Estudiar comunicación, como se evidencia cada vez más ampliamente, no es sólo ocuparse de los aportes de un conjunto restringido de medios, sea a la socialización de los niños o los jóvenes, sea a las decisiones de compra o de votación. Ni es sólo involucrarse con las legitimaciones ideológicas del Estado moderno. Estudiar comunicación consiste, más bien, en elaborar argumentos sobre las formas y determinaciones del desarrollo sociocultural como tal. El potencial del estudio de la comunicación, en suma, converge directamente, y en muchos puntos, con los análisis y la

crítica de la sociedad existente en todas sus modalidades (D. Schiller, 1996:vii).

Schiller se propone desentrañar los complejos procesos de “compromiso temático, diferenciación conceptual y síntesis analítica que han estructurado la indagación crítica sobre el carácter de la comunicación como una fuerza social determinante” durante los últimos cien años. Con su revisión histórica, aporta una explicación plausible de la separación construida entre “comunicación” y “trabajo”, y sugiere una reintegración conceptual alrededor del concepto de “producción de la cultura”, siguiendo entre otros a Raymond Williams, tratando de conciliar aportes de la economía política y de los estudios culturales.

Otros esfuerzos que sin duda han permitido avanzar sustancialmente en el estudio de la comunicación y los medios son los del danés Klaus Bruhn Jensen (1995) y el británico John B. Thompson (1993, 1995), el primero de ellos a partir del pragmatismo y la semiótica peirceana, y el segundo con base en la “nueva” teoría social y el marco interpretativo de la hermenéutica profunda.

Pero la orientación teórico-ideológica de los estudios en ciencias sociales se ha movido en los últimos años también sobre otro “eje”, más bien metodológico, de donde surgen retos que la investigación de la comunicación debe enfrentar, ahora que “la dimensión subjetivismo/objetivismo tiene la primacía, tanto en las humanidades como en las ciencias sociales en general, así como en la comunicación” (Rosengren, 1993). Según Rosengren, ahora “se enfatiza mucho más que antes el enfoque del sujeto actuante y deseante, el individuo

humano como tal”, además de que “la perspectiva histórica se ha fortalecido aún más, como un complemento bienvenido a la perspectiva unilateral y ahistórica de los antiguos enfoques conductistas y científico-sociales [funcionalistas]” (Rosengren, 1993).

Según Jensen y Jankowski (1991), en el campo de la comunicación de masas se han dado, en este sentido, dos desarrollos interrelacionados: la emergencia de enfoques metodológicos cualitativos y la convergencia, en torno a este “giro cualitativo”, de disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales (ver también Lindlof, 1995). Aunque estos autores reconocen el predominio histórico (social y políticamente determinado) de lo cuantitativo y la fragmentación de los referentes, resumen la oposición de los objetos de estudio “comúnmente asociados” a las metodologías cuantitativa y cualitativa en la producción (objetiva) de *información*, por un lado, y los procesos (subjetivos) de *significación*, por el otro. El estudio de la comunicación debería integrar estos procesos objetivos y subjetivos, y eso sólo puede hacerse mediante modelos teórico-metodológicos multidimensionales y complejos.

Coincidentemente, Klaus Krippendorff considera que la mayor parte de la investigación sobre la comunicación ha estado guiada por el estudio de los *mensajes*, y que esa perspectiva está siendo “lentamente desafiada por lo que podrían llamarse explicaciones reflexivas” (1993). Los sesgos conceptuales hacia los mensajes se pueden caracterizar en tres postulados *objetivistas* e implícitamente *normativos*: primero, los mensajes se pueden describir objetivamente, trasladar físicamente de un contexto a otro o reproducirse; tienen una existencia real,

objetiva e independiente de alguien que los reciba. Segundo, los mensajes afectan, persuaden, informan, estimulan; cualquier efecto que causen es función de sus propiedades objetivas. Tercero, la exposición a los mismos mensajes crea comunalidad entre emisores y receptores y, en el caso de los medios masivos, entre los miembros de la audiencia.

Supuestos como éstos han sido la base de las “tradiciones teóricas” que, diferencias aparte en otros aspectos, han constituido el núcleo dominante de la investigación de la comunicación en todo el mundo desde los años cincuenta. El debate actual tiende a cuestionar precisamente lo que, en el contexto más amplio de la teoría social, el británico Anthony Giddens llama “el consenso ortodoxo” (1989), y a enfrentar entre sí, para volver con Rosengren, a los enfoques sociológicos “objetivistas” y “subjetivistas”.

Giddens identifica tres rasgos principales del “consenso ortodoxo” en las ciencias sociales: el *naturalismo* o *positivismo*, “la noción de que las ciencias sociales deben modelarse conforme a las ciencias naturales, y que el marco lógico para abordar problemas sociales es el mismo que el de las ciencias naturales”; el modelo de la *causación social* para explicar la actividad humana, “es decir, el científico social sería capaz de mostrar que en realidad nos mueven causas de las que no somos conscientes. El papel de las ciencias sociales se identificaría con la explicación de los factores de la causación social de los que los actores no se dan cuenta”. Un tercer elemento asociado con esta visión es el *funcionalismo*, derivado más de las ciencias biológicas, a través del concepto de sistema, que de las ciencias físicas (Giddens, 1989).

Por muy diversas razones históricas, el consenso ortodoxo ya no es tal consenso en el plano de la teoría. Y sin embargo, sus premisas se sostienen en las prácticas de investigación. Giddens insiste por ello en la reconstrucción teórico-metodológica de las ciencias sociales, e identifica los elementos de una “síntesis emergente”, el primero de los cuales es una reconsideración del carácter de la investigación científica. Muchos investigadores, y lo que es peor, la mayor parte de los libros de texto con los que se enseña la investigación, siguen considerando que las ciencias sociales deben seguir el modelo de las ciencias naturales, que se malinterpreta al identificarlo con el modelo de la creación de un sistema deductivo de leyes. Las ciencias naturales son una empresa hermenéutica o interpretativa. Para Giddens, como para la filosofía poskuhniana de la ciencia, “enmarcar el significado es más fundamental que descubrir leyes. El descubrimiento de leyes fue indebidamente priorizado en los modelos tradicionales de las ciencias naturales y los científicos sociales aceptaron este énfasis ingenuamente” (Giddens, 1989). Si esto es así, la tarea de las ciencias sociales, obviamente interpretativa, no tiene porque ser menos “científica” que la de los científicos naturales.

Entre las diversas perspectivas sobre las que se avanza en la construcción de marcos de interpretación que, por una parte, reintegren conceptual y metodológicamente la diversidad política, cultural y existencial de los *agentes* de la comunicación y, por otra, permitan imaginar las dimensiones de la acción comunicativa en términos *constitutivos* y no sólo instrumentales de las prácticas sociales (Habermas, 1989), destaca la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (1984), porque parte de la

noción de que el ser humano es capaz de dar cuenta de su acción y de las causas de su acción. Reconoce que los esquemas interpretativos incluyen esquemas ya interpretados por los agentes sociales, y relaciona tres grandes “estructuras” institucionales de la sociedad: las de *significación, dominación y legitimación*, con tres modelos de interacción: *la comunicación, el poder y la sanción*, respectivamente, a través de las “modalidades” o “mediaciones” de los *esquemas interpretativos, los medios y las normas*.

En este marco, lo que los sujetos saben sobre su propia actividad es constitutivo de su práctica, pero esta capacidad de conocer está siempre delimitada institucionalmente. De ahí la importancia del concepto de “conciencia práctica”, es decir, “todo lo que sabemos como actores sociales que hace que suceda la vida social, pero a lo que no necesariamente le damos forma discursiva” (Giddens, 1989:57). El análisis social puede dar forma discursiva a aspectos del “conocimiento mutuo” que los actores emplean de una manera no discursiva en su conducta. De ese “conocimiento mutuo” entre los sujetos depende, nada menos, que las actividades sociales tengan *sentido* en la práctica, y la comunicación, esencialmente, consiste en esa producción en común de sentido. Su investigación y teorización no pueden entonces limitarse al estudio de los medios (tecnológicos o no, “nuevos” o no) que los sujetos sociales usan para generar y compartir el sentido de su actividad y, necesariamente por ello, de su propia *identidad*.

Ello implica, a su vez, la necesidad de rearticular la tecnología con la cultura, porque adoptar y desarrollar un concepto de comunicación como práctica de producción social de sentido, permite también rearticular



un concepto amplio de tecnología que evite que ésta sea considerada sólo como algo “externo” o ajeno a las prácticas socioculturales. La tradicional oposición “tecnología vs cultura” tendría así menor oportunidad para operar como *obstáculo* en la indagación de las múltiples dimensiones que han puesto en evidencia los “nuevos medios” o los “nuevos ambientes” telemáticos (Piscitelli, 1998).

De esta manera, también, desplazando epistemológica y metodológicamente el foco del análisis comunicativo de los medios y los mensajes a los sujetos sociales y los procesos de producción del sentido, podrá abordarse el estudio de la comunicación como ejercicio práctico de la *reflexividad* comunicativa. Pues, a partir de este planteamiento, el escenario estratégico primordial para impensar y repensar la comunicación en el universo telemático no puede ser otro que el diseño de una *metodología comunicacional*, concepto en el que se recupera la perspectiva que han adoptado, por ejemplo, la brasileña Maria Immacolata Vassallo de Lopes (1990) y el estadounidense Robert T. Craig (1989), a partir de la obra de Abraham Kaplan (1964). En palabras de Craig,

*Metodología*, en su sentido más amplio, es cualquier indagación sobre los métodos; y *método* en el sentido más amplio es cualquier procedimiento ordenado y explícito. [...] La teoría de la comunicación, desde este punto de vista, sería *análoga* a la metodología pero a un nivel lógico diferente. La teoría de la comunicación sería una “metodología” de la comunicación; se encargaría de los métodos de rango intermedio o “lógicas reconstruidas” de la comunicación que tendrían un estatuto

normativo en la medida en que pueda mostrarse que dan cuenta de la mejor práctica comunicativa. La metodología de segundo orden de la *indagación* sobre la comunicación, ocupada de los *métodos* de reconstrucción de las lógicas comunicativas-en-uso, sería por tanto más como la metodología de la metodología misma, y en consecuencia, en algunos aspectos, *distinta* de la metodología de la ciencia natural, porque la ciencia natural pretende sólo describir y explicar su objeto de estudio, no cultivarlo o reconstruirlo (Craig, 1989).

Una exploración metodológica en relación con los usos de Internet se esboza en el capítulo final de este trabajo, en términos de la convergencia *posible*, desde la perspectiva sociocultural, de los conceptos y las prácticas de comunicación y de educación en el universo telemático.

### **Comunicar y educar: convergencias desde la perspectiva sociocultural**

Hace ya treinta o quizá cuarenta años que se habla en los campos políticos, académicos y profesionales de las ciencias sociales de las identidades y las complementariedades entre la educación y la comunicación. Especialmente desde que la televisión comenzó a extenderse y se retomaron y amplificaron con ella las promesas y experiencias suscitadas por ciertos usos educativos de la radio, se habla tanto del “potencial educativo” de los medios de difusión masiva como de la “esencia comunicativa” de los procesos escolares. Se

ha hablado mucho de “comunicación educativa”, menos de “educación comunicativa” (Kaplún, 1992; Quiroz, 1993; Huergo, 1997), pero el fantasma de la tecnología es una constante.

Los ensayos y libros, principalmente manuales, publicados en las últimas tres décadas son centenas y quizá millares; las experiencias frustradas al tratar de “aplicar” las recomendaciones de esos textos en la práctica cotidiana son también innumerables, aunque sin duda ha habido propuestas útiles y experiencias exitosas. La reiteración del tema y su pertinente referencia a prácticas concretas sigue haciendo necesaria, aparentemente cada vez más, una clarificación conceptual que permita no confundir niveles y ámbitos de relación. Sobre todo, que facilite la comprensión del lugar que ocupan los factores tecnológicos en procesos esencialmente humanos, intersubjetivos, socioculturales, como la educación y la comunicación.

Pueden proponerse al menos tres ámbitos en los cuales puede apreciarse la convergencia de la educación y la comunicación. Uno, el más abstracto, es el de los conceptos que sirven para delimitar aspectos de la realidad sociocultural vivida y orientar su entendimiento y apropiación. Otro, es el ámbito de las instituciones, el de las configuraciones que la sociedad impone a los individuos para estructurar sus acciones en el tiempo y el espacio. El tercer ámbito, quizá el más importante pero difícil de explicar al margen de los otros dos, es el de las prácticas cotidianas, el de las acciones y las interacciones situadas, el de los proyectos que los sujetos impulsan y confrontan para constituir sus identidades y hacerlas prevalecer socialmente.

La comunicación y la educación son, finalmente, nombres genéricos para proyectos, o tipos de proyectos socioculturales, en los que los sujetos creen y por los que luchan en la práctica cotidiana. El educar o hacer emerger del sujeto las manifestaciones de su autotranscendencia, y el comunicar o poner en común los significados y el sentido de lo que sucede en el entorno, son acciones necesariamente intersubjetivas. Nadie se educa solo, nadie se comunica consigo mismo. Ambas acciones son también, por ello, vectores primordiales de la socialización y de la construcción social de las identidades de los sujetos. Comunicación y educación son procesos dialécticos, mediante los cuales al mismo tiempo se estructuran los individuos, las comunidades y la sociedad que los contiene. En gran medida, son procesos simbólicos, mediados primariamente por el lenguaje, constitutivos básicos de las tramas culturales que le dan forma específica, desde un tiempo y un lugar determinados, a las relaciones del hombre con el mundo.

En ese sentido elemental, la educación y la comunicación son los mecanismos sociales por los que se genera y reproduce constantemente la cultura, sistema de sistemas de significación y valoración convencionalmente adoptados para interpretar la vida en todas sus dimensiones. Son también, desde el punto de vista del individuo, los mecanismos que hacen posible socialmente la operación de los procesos de asimilación y acomodación que Piaget (1971) postulaba como constitutivos de los equilibrios dinámicos de la inteligencia. En este plano, en el que confluyen conceptualmente la génesis de la estructuración social, de la cultura, del lenguaje, de la identidad y de la inteligencia, no hay en

realidad problema alguno para fundamentar una sólida e inseparable relación dialéctica entre comunicación y educación, entre cultura y aprendizaje, entre socialización e individuación. Las dificultades comienzan cuando se introducen en este esquema abstracto las consideraciones históricas, es decir, las densas y complejas configuraciones que las sociedades concretas han impuesto en el tiempo y en el espacio a procesos tan importantes como la comunicación y la educación.

Hay al menos dos condiciones ineludibles al pasar a este plano: la educación y la comunicación no son procesos abstractos que realicen individuos ideales, sino prácticas específicas de sujetos concretos, concretamente socializados, y la estructura social consiste en un sistema de posiciones desniveladas y diferenciadas. Además, ni la educación ni la comunicación son procesos espontáneos, ajenos a la normatividad social; por su propia importancia, hace mucho que están institucionalizados. Muchos de los discursos sobre las relaciones entre comunicación y educación caen en esta doble trampa: reducen la educación a la escuela y la comunicación a los medios de difusión, y plantean sus relaciones como si las instituciones y las personas que las habitan fueran entidades ideales. Y, como es obvio, no existen ni pueden existir instituciones educativas o comunicativas, o personas que operen unas u otras, que actúen en abstracto. De ahí que los esquemas simples del tipo enseñanza-contenido-aprendizaje no puedan hacerse pertinentemente equivalentes a los del tipo emisión-mensaje-recepción. Si esos esquemas para algo sirven, no es ciertamente para comprender las relaciones entre educación y comunicación, a no ser que éstas se

reduzcan a procesos institucionalizados, mecánicos y lineales, de difusión de información.

A veces resulta demasiado difícil imaginar la educación al margen de la escuela o la comunicación por fuera de los medios de difusión. Aunque se hable de la familia o del entorno urbano, que indudablemente educan y comunican, o de los procesos interpersonales, modalidad primaria de la socialización y de la acción social, el sentido común acaba por reconocer nítidamente sólo la educación escolarizada y la comunicación mediada como auténticas actualizaciones de la idea central. Es lo mismo que sucede con la religiosidad, difícil de reconocer independientemente de una Iglesia, o con el trabajo, que parece no existir si no es en la forma de un empleo remunerado y sujeto a un contrato. Las instituciones se imponen no sólo a las acciones que regulan, sino también a las representaciones cotidianas de las funciones que norman. De ahí que la mayor parte de las acciones y de las relaciones entre sujetos, mediadas institucionalmente, tiendan a burocratizarse, es decir, a convertirse en rutinas mecánicas, que más que relacionar a los individuos entre sí, consisten en articular roles impersonales y, lo que es más importante, jerarquizados. El poder es una realidad que atraviesa todas las prácticas, y las instituciones están hechas, en gran medida, de poder. Pero ése es un aspecto en el que no es posible profundizar aquí.

Cuando se piensa en la educación como la enseñanza de contenidos o en la comunicación como la transmisión de mensajes, lo que se representa es el esquema mecánico y burocrático, impersonalizado, que la configuración institucional predominante ha

impuesto a estos procesos socioculturales. Es pensar el mundo sin sujetos, es reducir a los individuos a engranajes de una maquinaria en la que sólo deben obedecer lo que se les ordena, asimilar lo que se les impone, responder a lo que se les pregunta, y acatar ese estado de cosas como si fuera natural, o al menos inevitable. Según la más elemental lógica, entre las ideas abstractas de lo que es la educación o la comunicación, o peor, de lo que *deben ser*, y esos esquemas reduccionistas, no hay la mínima consistencia. ¿Será la vieja distancia entre la teoría y la práctica o será que utilizamos un modelo inadecuado para construir la relación entre ambas?

Puede cambiarse el sentido del esquema, aunque no se complejice suficientemente en un primer momento. A la idea de que la enseñanza de contenidos o la transmisión de mensajes son los núcleos centrales de la acción educativa o de la acción comunicativa, habrá que oponer la idea de que el aprendizaje de métodos y la interpretación de discursos son lo primordial. Es como cambiar el concepto de un mercado dominado por la oferta por un mercado dominado por el consumo, donde el cliente, y no el productor, es el que “manda”. Cuando se trata de la valorización económica de mercancías, el esquema puede ser muy útil, pero ni siquiera en el comercio de productos materiales las relaciones son tan simples. Sin embargo, pensar en que el “destinatario” de las acciones educativas o comunicativas es un sujeto capaz de valorar lo que necesita y de controlar responsablemente la interacción que supone el obtenerlo, especialmente si se trata de un conjunto de competencias simbólicas, ayuda a reconocer la complejidad de los

sistemas involucrados, tanto dentro como fuera de las instituciones formales especializadas.

Así, ciertos principios epistemológicos constructivistas, emergentes en la ciencia social contemporánea y opuestos a los postulados funcionalistas todavía prevalecientes, proponen, primero, considerar a los seres humanos como entes cognitivamente autónomos; segundo, como practicantes reflexivos de la comunicación con otros; y tercero, como interventores moralmente responsables, si no es que creadores, de las mismas realidades sociales en las cuales acaban viviendo (Krippendorff, 1993). En otras palabras, si los analistas y operadores de la educación y la comunicación institucionalizadas se asumen como agentes socioculturales, esto es, en la práctica, como intérpretes de lo que los sujetos destinatarios hacen cuando generan aprendizaje y cuando producen sentido, podrán de una mejor manera reorientar y reenfocar los recursos de que disponen para que la “enseñanza” y la “emisión” faciliten el aprendizaje y la interpretación más pertinentes y significativos.

No se propone con esto subvertir las instituciones, aunque un proyecto como ése no sería del todo despreciable (McLaren, 1995; 1997). Tampoco ignorar los condicionamientos que desde el entorno social, desde las instituciones y desde los mismos sujetos, limitan los alcances de las prácticas educativas y comunicativas (Bourdieu y Passeron, 1977; Carnoy, 1977). No se trata tampoco, ni mucho menos, de desechar los aprendizajes y las experiencias acumuladas, las intuiciones y las competencias prácticas con que se operan cotidianamente los procesos de educación y de comunicación. Lo que

se propone construir es una estrategia de readecuación de esquemas conceptuales, que deben complejizarse y flexibilizarse si se busca comprender y aprovechar la convergencia de la educación y de la comunicación en la práctica. Esa convergencia no puede estar ni en las instituciones, ni en el entorno social, ni en el equipamiento tecnológico: está en los sujetos que interactúan o no está en ninguna parte, excepto quizá en los deseos o en los modelos teóricos más abstractos.

La construcción de competencias para el aprendizaje como eje de los procesos educativos supone un modelo centrado en ciertas modalidades específicas de relación de los sujetos humanos con el conocimiento, en las cuales se constituyen y transforman mutuamente los sujetos y sus objetos de conocimiento. Pero el "conocimiento", desde este punto de vista, es una trama de esquemas o sistemas de significación socialmente construidos y subjetivamente incorporados como estructuras complejas de representaciones cognoscitivas de aspectos significativos de la realidad. Más que los "contenidos" específicos de esas representaciones, importa destacar las reglas y esquemas generativos de la significación y de la valoración de esos contenidos. El conjunto de estas reglas y esquemas generativos constituye la cultura y el equilibrio dinámico de sus incorporaciones individuales, la inteligencia.

Si esto es interpretable así, el conocimiento apropiado por el sujeto define las competencias operativas específicas de cada individuo para interpretar su entorno y dirigir la acción sobre él. Estas "competencias" están socialmente determinadas y por lo tanto son el "objeto de transformación" de las prácticas educativas

institucionalizadas. Los esquemas cognoscitivos que la escuela enseña a sus estudiantes tienen siempre referencias y recortes específicos, sea por efecto del programa, del nivel, del contexto, de la ideología institucional o del empleo de más o menos y mejores o peores recursos didácticos, pero también, y esto es lo que suele descuidarse más, el sujeto que aprende cuenta asimismo, desde muy pequeño, con esquemas cognoscitivos específicos que no provienen de la enseñanza escolarizada pero que igualmente intervienen, muchas veces más decisivamente, en la construcción y reconstrucción constantes de las competencias culturales con las que el sujeto se integra en el mundo en el que vive (Vygotsky, 1977).

Aquí es donde puede conectarse productivamente la acción educativa institucionalizada con las acciones comunicativas igualmente institucionalizadas, es decir, con la presencia cada día más omniabarcante de los medios de difusión masiva, desde esta perspectiva sociocultural. Lo que los medios hacen socialmente no es producto sólo de las tecnologías que utilizan, sino sobre todo de las formas en que intervienen sobre los sistemas culturales, es decir, sobre las reglas y esquemas generativos de la significación y de la valoración intersubjetivas del entorno, sobre las competencias necesarias para conocer e interpretar el mundo, para producir sentido.

Y aquí es donde se encuentran las principales divergencias entre las prácticas de las instituciones educativas y las prácticas de las instituciones comunicativas, ninguna de las cuales opera ni mecánicamente ni linealmente. No se habla ya de flujos de información, sino de formaciones culturales. Para ilustrar mejor estas divergencias y su crítica académica, puede servir el planteamiento básico

propuesto en 1998 para abrir la línea de especialidad en comunicación y educación en un programa universitario de doctorado en Educación:

La realidad comunicativa actual, caracterizada por un creciente protagonismo de los medios y tecnologías de información en la producción y circulación discursiva, por una explosión de pedagogías para la generación, transmisión y asimilación de conocimiento, y por una acelerada hibridación de las culturas y los consumos culturales, plantea un reto múltiple a la educación.

En primer lugar, la escuela como institución social y educativa fundamental, ha perdido y sigue perdiendo relevancia, quedando en todo caso como una institución más que coexiste desventajosamente, al lado de otras muchas instituciones, como las de medios, que compiten por ejercer su influencia educativa en la población y que de hecho la ejercen con más éxito que las tradicionales instituciones educativas.

En segundo lugar, la pedagogía tradicional, basada en una secuencia eminentemente racional de oferta y consumo de conocimientos y entendida casi siempre desde una perspectiva instrumentalista de combinación de técnicas de transmisión, contenidos, recursos y materiales didácticos, está siendo fuertemente cuestionada, tanto por la circulación de diferentes discursos y racionalidades discursivas como por la proliferación

indiscriminada de medios de transmisión con lógicas y lenguajes diferentes, aunque muchas veces fundamentalmente emotivos y mercantilistas.

En tercer lugar, los objetivos educativos tradicionales de alfabetización y preservación de la cultura universal principalmente a través de la escritura y la oralidad, actualmente y más en el futuro, son completamente insuficientes, por la multiplicidad de lenguajes y sus demandas de alfabetización múltiple entre la población, como por la necesidad de que la educación contribuya a la creación cultural, a la innovación y a la circulación de sentidos y significados emancipatorios para las nuevas generaciones y, en general, para la democratización del intercambio social.

Este múltiple desafío a la educación, especialmente a la institucionalizada, no trata de descalificar a la escuela y a los educadores, sino al contrario, de actualizarlos y recalificarlos, para lo cual creemos que se requiere pensar, investigar y ejercitarse en la generación de propuestas prácticas, al menos sobre las temáticas siguientes:

a) el “para qué” y el “cómo” de la educación, en una sociedad basada cada vez más en sistemas de imagen e información, multimediada y unilateralmente representada, donde la educación pierde efectividad y relevancia en la formación de las nuevas generaciones, mientras los medios y en particular la televisión adquieren un

desmesurado protagonismo educativo, aunque no se lo propongan;

b) el sentido de la pedagogía como un asunto de poder, a partir de la discusión del trinomio autoridad-conocimiento-discurso, este último como el espacio donde se materializan las representaciones, sentidos y significados y desde el cual se intenta ejercer el control social;

c) un proyecto educativo mediador que permita que la escuela y otras instituciones educativas recuperen relevancia a partir de ejercer una influencia selectiva pero crecientemente significativa, sobre todo en la creación cultural y en la circulación de nuevos sentidos, significados y representaciones; y

d) programas y estrategias que posibiliten el que los estudiantes, entendidos esencialmente como audiencias simultáneas de múltiples discursos e instituciones, desarrollen sus capacidades comunicativas y analíticas, tanto para deconstruir las representaciones que otros discursos vehicular, como para construir y hacer circular las propias en los diferentes medios de información.

De este planteamiento se desprenden tres objetivos estratégicos, que la investigación de alto nivel y la práctica reflexiva en el espacio académico de la convergencia entre la comunicación y la educación pueden abordar como prioridades:

uno es el trabajo centrado en el reconocimiento de códigos, gramáticas y formatos discursivos, para su uso adecuado en productos de medios con fines educativos, de donde surgiera una especialidad interdisciplinaria llamada con toda propiedad “comunicación educativa”;

otro objetivo es el análisis de estrategias de difusión y circulación de mensajes multimedia y su potencial didáctico para facilitar el aprendizaje, área de intersección igualmente interdisciplinaria que podría llamarse “mercadeo socioeducativo de la comunicación”;

el tercer objetivo consiste en la elaboración, también por supuesto interdisciplinaria, de estrategias de intervención pedagógica en los procesos de recepción, apropiación y uso de conocimientos por parte de sectores concretos de la audiencia, o “educación para la recepción de medios” (Fuentes y Orozco, 1998).

Esa propuesta está animada por el propósito de contribuir, desde un programa de doctorado y mediante la investigación de alto nivel, a formular la convergencia entre la comunicación y la educación en términos teóricos y empíricos, desde una perspectiva sociocultural, y así se ha puesto en práctica con un grupo de doctorantes. Pero es obvio que no agota ni bastará, por muy eficiente que sea, para impulsar en la práctica esa recuperación de los sujetos como agentes reflexivos de la construcción de las competencias para el aprendizaje y

la producción de sentido. Es necesario hacer mucho más, desde la promoción de políticas nacionales de educación y comunicación más pertinentes para ello que las vigentes actualmente en los países latinoamericanos, hasta la experimentación en las aulas de los métodos que mejor favorezcan el desarrollo de aprendizajes integrales y significativos, en sujetos reflexivos y por lo tanto libres.

Esa tarea tiene poco que ver con las mediaciones tecnológicas de la difusión de información. En las interacciones entre sujetos, antes que en la "interactividad" de los nuevos medios, están los factores a transformar educativa y comunicativamente. No se trata ni de ignorar ni de menospreciar los recursos tecnológicos que se nos ofrecen. Al contrario, se trata de construir la plataforma para liberarlos de los intereses comerciales y de apropiar los usos que sean pertinentes para los propósitos más amplios y generosos de los sujetos sociales. Parafraseando a Paulo Freire, el proyecto consiste finalmente en reconvertir a la comunicación y a la educación en prácticas de la libertad.



CAPÍTULO 3  
EXPLORACIONES  
TEÓRICO-METODOLÓGICAS PARA LA  
INVESTIGACIÓN SOCIOCULTURAL  
DE LA COMUNICACIÓN

A fines de los años cincuenta, el sociólogo norteamericano C. Wright Mills publicó un libro que no ha dejado de reeditarse y que no debería dejar de leerse y discutirse a propósito de la práctica de las ciencias sociales, en cualquiera de sus especialidades. *La imaginación sociológica* (1961) es un libro polémico, no sólo por la crítica frontal que hace su autor a las corrientes predominantes en la sociología de su época y país, sino por lo que propone, ante ese panorama, para rescatar el sentido de la práctica social de la investigación sobre la sociedad.

A lo que se oponía Wright Mills era tanto a la “gran teoría” como al “empirismo abstracto” como tendencias deformantes de la sociología, encarnadas en quienes “piensan sin observar y quienes observan sin pensar”; pero también y sobre todo se oponía al “ethos burocrático” de los sociólogos y de las instituciones para los que la investigación “sirve para hacer la autoridad más efectiva y más eficaz, proporcionando información útil para los planeadores autoritarios”. Todo ello era obstáculo, según Wright Mills, para realizar “la promesa intelectual de la ciencia social y la promesa política del papel de la razón en los asuntos humanos” (Wright Mills, 1961).

Wright Mills partía de la sensación generalizada en los individuos de “estar atrapados” y proponía la imaginación sociológica para pasar de “las inquietudes personales del medio” a “los problemas públicos de la estructura social”. Y definía la tarea general del sociólogo en torno a la idea de que “el individuo sólo puede comprender su propia experiencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época; de que puede conocer sus propias posibilidades en la vida si conoce las de todos los individuos que se hallan en sus circunstancias”. Para él, “la imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad. Esa es su tarea y su promesa” (*ibid.*:26).

Cuatro décadas después, la promesa teórica, práctica y moral así enunciada por Wright Mills ha sido retomada y reformulada por muchos practicantes de la ciencia social, aunque sin duda ha sido ignorada por muchos otros. Conviene rescatarla aquí para ejemplificar las implicaciones de un proyecto reflexivo que no puede ser exclusivo de la sociología, porque la tensión de esta promesa con lo que las diversas formas de instrumentalización del saber por el poder han impulsado para hacer prevalecer el “ethos burocrático” por encima de la capacidad de autodeterminación consciente de los sujetos sociales, es sin duda ahora más evidente y desafiante, en un mundo en proceso acelerado de globalización y que en la esfera simbólica tiende a consolidar la “cultura de la virtualidad real”, en expresión de Manuel Castells (1999), cuyo emblema primordial está en Internet.

### Un proyecto reflexivo para la sociedad en el siglo XXI

Se habla, reiteradamente, desde hace décadas, de la crisis de las ciencias sociales. Pero no siempre se analiza y argumenta con rigor en qué consiste y de dónde proviene tal “crisis” o qué se incluye bajo la denominación “ciencias sociales”. Puede sostenerse, sin embargo, que hay una crisis múltiple, una transformación generalizada de muy diversas dimensiones y temporalidades, que pasa centralmente por la definición de lo que son las “ciencias sociales”. Es decir, el cambio o el debate, la ruptura o la necesidad de reformulación no provienen sólo del cambio, indudable, del “objeto” o los “objetos de estudio”, la sociedad y la vida social, las estructuras y las acciones, las representaciones, las instituciones, los recursos y los proyectos sociales, ni de los “paradigmas”, teorías, modelos o métodos de investigación de esos objetos o de su reconocimiento como prácticas y productos sociales, institucionalizados, difundidos y legitimados.

Para seguir usando los términos de Wright Mills (1961), en el ámbito de las ciencias sociales hay también muchas “inquietudes personales del medio”, en tránsito a ser “problemas públicos de la estructura social”. Es decir, es tarea de los propios científicos sociales emplear la imaginación para reinterpretar el papel social de su propia identidad. Y esa tarea no puede cumplirse más que reflexivamente, es decir, incluyendo a los analistas en el análisis, a los sujetos en el objeto en el que están “atrapados”, al “captar la historia y la biografía, y la relación entre ambas dentro de la sociedad”. Un elemento clave para enfrentar la “crisis de las ciencias sociales” es entonces “la cualidad mental [de los sujetos] que les ayude a

usar la información y a desarrollar la razón para conseguir recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y de lo que quizás está ocurriendo dentro de ellos”.

Entre algunos investigadores sociales latinoamericanos crece desde hace algunos años la convicción de que hay que adoptar “un doble movimiento necesariamente convergente y complementario: de un lado, el reconocimiento de las condiciones en un mundo cada vez más globalizado, multicultural, tecnologizado y, al mismo tiempo, fragmentado y desigual; de otro lado, la necesaria y siempre inacabada crítica a los procesos de abstracción y explicación sobre ese mundo” (Reguillo y Fuentes, 1999:9). Para algunos, es estratégico explorar y participar en el debate contemporáneo desde el eje de la cultura, “el de los procesos simbólicos que –en la política, en la reconfiguración de los estados nacionales, en la emergencia de nuevos actores sociales, en el impacto de los medios de comunicación masiva, en las batallas que se libran para consolidar una nueva hegemonía planetaria y en los movimientos de institucionalización del saber– les plantean a las ciencias sociales un proyecto de investigación que se constituye en el lugar de encuentro entre lo objetivo y lo subjetivo, como dominios no excluyentes del sistema y del sujeto” (*ibid.*:10).

Como se constata en un número creciente de estudios concretos y ensayos conceptuales recientes, los múltiples procesos de objetivación y subjetivación que constituyen la realidad social no pueden ser abordados desde un sólo marco teórico-metodológico, y mucho menos desde la compartimentación disciplinaria que, en busca de la especialización del conocimiento, heredamos del siglo XIX. Si

una idea anima, en la diferencia, las búsquedas actuales de muchos investigadores en todo el mundo, es el convencimiento de que las ciencias sociales, como articulación de saberes, procedimientos y discursos, no pueden replegarse ante el embate de fuerzas, lógicas y poderes que profetizan la inutilidad de todo pensamiento crítico.

Es decir, con tanta o mayor razón que cuando Wright Mills se oponía al “ethos burocrático” en la investigación social, es creciente hoy la convicción de que si el mundo social requiere de transformaciones radicales, es tarea de los científicos sociales aportar a los agentes de esas transformaciones las explicaciones y orientaciones críticas indispensables para la construcción y ejecución de proyectos sociales apropiados, es decir, no impuestos autoritariamente por el poder mediante la “aplicación” de técnicas o saberes de alguna forma de “ingeniería social”. Y la primera condición para la generación de tal aporte es el reconocimiento de que esa capacidad de interpretación del sentido de la realidad social la tienen ya, de entrada, los agentes sociales.

Sin embargo, es necesario advertir con Giddens que “la ciencia social no puede ser puramente interpretativa. Toda ciencia social depende de la comprensión, en circunstancias históricas específicas, de la relación entre la actividad con conocimiento de causa a la luz de convenciones, y la reproducción social generada de una manera no intencional” (Giddens, 1984). Es decir, la definición de la objetividad y la subjetividad debe reformularse. Y de ahí surge la necesaria función “iluminista” de la ciencia social, la capacidad de orientar la acción social y, por su intermedio, la estructuración social, al

contribuir a la conversión de los “sujetos” en “agentes”, y al incorporar en el análisis las consecuencias prácticas de sus propias interpretaciones.

En otra escala, más amplia, de reflexión sobre la “crisis de las ciencias sociales”, Immanuel Wallerstein aporta la perspectiva de la *Utopística*, que implica replantear las estructuras del conocimiento y “de lo que en realidad sabemos sobre cómo funciona el mundo social”, en vez de confiar en una “utopía” o lugar inexistente como modelo futuro de sociedad. “Utopística”, en cambio,

es la evaluación seria de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos. Es la evaluación sobria, racional y realista de los sistemas sociales humanos y sus limitaciones, así como de los ámbitos abiertos a la creatividad humana. No es el rostro de un futuro perfecto (e inevitable), sino el de un futuro alternativo, relativamente mejor y plausible (pero incierto) desde el punto de vista histórico. Es, por lo tanto, un ejercicio simultáneo en los ámbitos de la ciencia, la política y la moralidad (Wallerstein, 1998a).

Un proyecto así, en una época de transición como la actual, no puede basarse sino en una decisión individual o de grupo, debido al “factor del aumento del libre albedrío” que señala Wallerstein, quien concluye:

Si deseamos aprovechar nuestra oportunidad, lo que me parece una obligación moral y política,

primero debemos reconocer la oportunidad por lo que es y lo que consiste. Esto exige reconstruir la estructura del conocimiento de modo que podamos entender la naturaleza de nuestra crisis estructural y, por lo tanto, nuestras opciones históricas para el siglo XXI. Una vez que entendamos nuestras opciones, debemos estar listos para participar en la batalla sin ninguna garantía de ganarla. Esto es crucial, ya que las ilusiones sólo engendran desilusiones, con lo que se vuelven despolitizantes (Wallerstein, 1998a).

Hay que recordar que el autor de tal propuesta, al mismo tiempo y en el mismo sentido, ha argumentado la urgencia de *Impensar...* (Wallerstein, 1998) y de *Abrir las ciencias sociales* (Wallerstein et al., 1996), títulos de otros dos de sus libros más recientes, y que la polémica político-científica que ha alentado Wallerstein en todo el mundo ha sido atendida con interés por muchos científicos sociales latinoamericanos, que la reinterpretan en función de la ubicación cognoscitiva, ideológica y geográfica propia, porque, como lo ha dicho el brasileño Renato Ortiz, “es sugerente y cultiva una actitud abierta en relación con los desafíos contemporáneos” (1999:19).

Ortiz propone a su vez la que a mi juicio es la postura crítica más productiva y racional ante el movimiento de repensar las ciencias sociales. Señala, con Bourdieu, que es necesario evitar dos actitudes: la conservadora, que “consiste en tomar a los clásicos como fundadores de un saber acabado, lo que nos conduciría por necesidad a una mineralización del pensamiento”, y la opuesta,

representada por el “creer que todo ha cambiado, que los tiempos actuales, flexibles, demandarían una ciencia social radicalmente distinta e incompatible con lo que hasta entonces se ha practicado” (Ortiz, 1999:19-20).

Cualquier balance que se realice sobre las ciencias sociales debe tomar en consideración la existencia de una tradición intelectual que se incorpora en las diversas instituciones académicas. El pasado es el presente que se manifiesta en el arsenal de conceptos con los que operamos, en los tipos de investigaciones que realizamos, en la bibliografía que seleccionamos, en las técnicas que empleamos, etc. No obstante, las transformaciones ocurridas han sido profundas. Hacer un fetiche del saber tradicional equivaldría a confinarnos en una posición conformista y a dejar de percibir aspectos que exigen un tratamiento nuevo y diferenciado. El arte consiste en entender la tradición como punto de partida, en la cual sólo enraizamos nuestra identidad, sin que por ello quedemos prisioneros de su rigidez. Comprender la tradición es, pues, superarla; dar continuidad a la constitución de un saber que no es estático ni definitivo (Ortiz, 1999:21).

Pero la formulación de sistemas teórico-metodológicos es, a su vez, una práctica sociocultural, cuyas características y condiciones no pueden separarse de las características y condiciones de la práctica de la investigación. En ese sentido conviene tener presentes en el debate, antes que nada, a los sujetos comunitarios e

institucionales cuya “agencia” se configura con base en marcos y esquemas explicables bajo la misma lógica.

En el ya citado informe, publicado como *Abrir las ciencias sociales*, de la Comisión Gulbenkian, presidida por Immanuel Wallerstein (1996), se señala que los tres “problemas teórico-metodológicos centrales en torno a los cuales es necesario construir nuevos consensos [h]eurísticos a fin de permitir avances fructíferos en el conocimiento” son la relación entre el investigador y la investigación, la reinserción del tiempo y el espacio como variables constitutivas internas en el análisis, y la superación de las separaciones artificiales entre lo político, lo económico y lo sociocultural.

Wallerstein formula la relación entre el investigador y la investigación en función de un “reencantamiento del mundo” que reconozca la imposibilidad de la neutralidad del científico:

Ningún científico puede ser separado de su contexto físico y social. Toda medición modifica la realidad en el intento de registrarla. Toda conceptualización se basa en compromisos filosóficos. Con el tiempo, la creencia generalizada en una neutralidad ficticia ha pasado a ser un obstáculo importante al aumento del valor de verdad de nuestros descubrimientos, y si eso plantea un gran problema a los científicos naturales, representa un problema aún mayor a los científicos sociales. Traducir el reencantamiento del mundo en una práctica de trabajo razonable no será fácil, pero para los científicos sociales parece ser una tarea urgente (Wallerstein *et al.*, 1996).

Por otra parte, y sin olvidar la importancia que tiene la organización de las actividades de investigación en y entre las instituciones en que se realiza, la reformulación de las ciencias sociales se tiene que manifestar en la práctica de la investigación, en el proyecto de integrar sistemáticamente las herramientas de producción de conocimiento que avancen en la superación de dicotomías como las que oponen el objetivismo y el subjetivismo, lo macroestructural y lo microsocia, lo económico-político y lo simbólico-cultural, o lo cuantitativo y lo cualitativo. También, deseablemente, diluir poco a poco las fronteras que separan a las disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades. En palabras de Néstor García Canclini,

Los objetos de estudio de las ciencias sociales no pueden ser identidades separadas ni culturas relativamente desconectadas ni campos por completo autónomos. Las evidentes relaciones entre ellos no pueden entenderse si las concebimos como simple yuxtaposición. En un tiempo de globalización, el objeto de estudio más revelador, más cuestionador de las pseudocertezas etnocéntricas o disciplinarias es la interculturalidad. El científico social puede, mediante la investigación empírica de relaciones interculturales y la crítica autorreflexiva de las fortalezas disciplinares, intentar pensar ahora desde el exilio. Estudiar la cultura requiere, entonces, convertirse en un especialista de las intersecciones (García Canclini, 1999a:69).

Lo hasta aquí retomado del pensamiento de varios autores destacados no es más que una muestra, muy apretada y ciertamente incompleta, de lo que en los últimos años algunos investigadores sociales han propuesto como guías para la acción intelectual, que no puede separar el pensamiento crítico de la intervención social. Bien vista, la crisis de las ciencias sociales tiene mucho de positivo: al alejarnos de la idea de que la tarea consiste en la elaboración de una ingeniería o una tecnología, o una ideología social, abre la oportunidad de reconocer, desde nuestras muy concretas y limitadas posiciones, el sentido y las condiciones para trabajar en un proyecto reflexivo para la sociedad en el siglo XXI. Desde las intersecciones, como las que caracterizan a la Internet.

### **Hacia la reconstitución metodológica de la investigación de la comunicación**

Según una formulación básica de una de las investigadoras latinoamericanas más comprometidas con el desarrollo metodológico del campo de la investigación de la comunicación,

Con la palabra “metodología” ocurre lo mismo que con las palabras “comunicación”, “historia”, “economía” y otras, que son empleadas para indicar tanto una disciplina o estudio como su objeto. Tenemos ahí una ambigüedad en el sentido de la palabra que acarrea ciertas imprecisiones y equívocos. A fin de evitarnos tal confusión, empleamos los términos *Metodología de la investigación* para indicar la investigación o teorización

de la práctica de la investigación científica y Metodología *en la investigación* para indicar el trabajo con los métodos empleados [en un estudio concreto] (Vassallo, 1990:80-81).

De acuerdo con esta distinción, en este trabajo hemos privilegiado la primera de esas acepciones y es desde esa consideración de la metodología como “teorización del proceso de producción de conocimiento o como ‘investigación de la investigación’”(Vassallo, 1990:77), que apuntamos algunos “goznes” o articulaciones metodológicas que se perfilan en ciertas prácticas concretas de investigación de la comunicación como constitutivos de una perspectiva sociocultural emergente.

El primero de estos “goznes” conceptuales, que aparece como esencial para relacionar en la investigación los postulados teóricos con la generación de datos empíricos (*observables*) sobre los procesos de comunicación, es el de la *cotidianidad*, cuyo “itinerario” intelectual se remonta a la fenomenología y que ha sido relacionado por Habermas, a través del término “mundo de la vida”, con la *acción comunicativa* (Habermas, 1989).

La acción comunicativa se basa en un proceso cooperativo de interpretación en que los participantes se refieren simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo aun cuando en su manifestación sólo subrayen temáticamente uno de esos tres componentes. Hablantes y oyentes emplean el sistema de referencia que constituyen los tres

mundos como marco de interpretación dentro del cual elaboran las definiciones comunes de su situación de acción (Habermas, 1989:171).

La densidad significativa de la vida cotidiana y los procesos por los cuales los sujetos “construyen socialmente la realidad” y le dan *sentido* tanto a lo que hacen como a lo que perciben, ha sido largamente reconocida y elaborada por las diversas tradiciones antropológicas y sociológicas interpretativas que confluyen con estudios del lenguaje y la comunicación en el análisis de las *prácticas sociales* y sus relaciones con los sistemas culturales o de significación. Estas confluencias, una vez reconocidas y asimiladas, pueden ser la base para la superación de la concepción única o predominantemente *instrumental* y no *constitutiva* de la comunicación en la vida social (Mumby, 1997:7). En última instancia, esta propuesta llega hasta la definición radical de una “nueva” disciplina, fundada en una *ontología de la comunicación*:

Los académicos que respondan a esta orientación actuarán como discípulos o procuradores de una visión comunicacional del Ser. Estos discípulos afirmarán que la comunicación es esencialmente simbólica, pero que no hay nada de “meramente” en ello... En cambio, las palabras serán consideradas como la fuerza ontológica, donde el lenguaje constituye la existencia y la comunicación hace que el Ser sea; [...] donde la comunicación, más que la estructura celular, la energía o la masa, la cualidad estética o la espacialidad, es el fundamento del Ser (Shepherd, 1993:90).

El diseño metodológico para investigar la comunicación en la vida cotidiana en tanto relación constitutiva del ser (al menos social), representa un reto mayor, al que no obstante ha habido acercamientos altamente rigurosos y promisorios, como el ya mencionado de Giddens (1984) en la teoría de la estructuración. El énfasis en este acercamiento está puesto en un sujeto *competente*, que mediante su *conciencia práctica* posee un gran conocimiento acerca de las condiciones y las consecuencias de sus acciones en la vida cotidiana. Esta “conciencia práctica” es extraordinariamente compleja, “complejidad que con frecuencia permanece inexplorada en los acercamientos sociológicos ortodoxos” (Giddens, 1993:281), y en cuyo estudio sistemático reside una rica posibilidad de desarrollo para una *metodología comunicacional*.

A partir del mismo ámbito conceptual puede formularse, articuladamente, un segundo “gozne” metodológico para la investigación sociocultural de la comunicación, que a su vez puede fomentar la incorporación de aportes provenientes de la semiótica y la lingüística como el modelo de las *competencias discursivas*. En términos comunicativos, este eje atraviesa la categoría de usos, no sólo como relación de *lectura* de un mensaje por un sujeto, sino como capacidad de apropiación, aprovechamiento y transformación de los *sistemas* de comunicación, a su vez constituidos por sistemas de transmisión y procesamiento de información y por sistemas de significación, convencionalmente (es decir, *socioculturalmente*) articulados (Eco, 1976).

En la terminología de Giddens, como ya se ha señalado, los *esquemas interpretativos* “son los modos de tipificación incorporados en los repertorios de conocimiento

de los actores, aplicados reflexivamente en el sostenimiento de la comunicación” y son inseparables, como “modalidades” de la estructuración significativa, de los medios o recursos de dominación y de las *normas* de la legitimación. De esta manera, la comunicación, el poder y la sanción (moral), dimensiones constitutivas de la interacción social, confluyen en la *estructuración* de los sistemas sociales a través de la *institucionalización discursiva, político-económica y legal* (Giddens, 1984:29-31).

La *agencia* es, en la teoría de la estructuración, la capacidad del actor “para reinterpretar y movilizar un repertorio de recursos en términos de esquemas culturales distintos a los que constituyeron originalmente el repertorio” (Sewell, 1992:19), pues los recursos nunca están homogéneamente distribuidos entre los sujetos sociales (individuales o colectivos)<sup>10</sup>. “Ser un agente significa ser capaz de ejercer algún grado de control sobre las relaciones sociales en que uno está inmiscuido, lo que a su vez implica la capacidad de transformar esas relaciones sociales en alguna medida” (Sewell, 1992:20). El concepto de *agencia* y las *competencias* que pueden postularse y analizarse como sus constitutivos en la práctica comunicativa permiten sustentar un concepto de usos que articule las relaciones de los sujetos con los sistemas de comunicación sin aislar estas relaciones de las estructuras y prácticas de dominación y de legitimación:

---

<sup>10</sup> Los “recursos”, de cuya movilización depende la *dominación*, como ejercicio del poder en las interacciones sociales, pueden ser “alocativos” (capacidad de transformación sobre objetos materiales) o “autoritativos” (capacidad de transformación sobre personas o actores) (Giddens, 1984:33).



Las transposiciones de esquemas y las removilizaciones de recursos que constituyen la agencia son siempre actos de comunicación con otros. La agencia conlleva una capacidad para coordinar las acciones propias con otros y contra otros, para formar proyectos colectivos, para persuadir, para coaccionar, y para monitorear los efectos simultáneos de las acciones propias y las de otros. Más aún, el alcance de la agencia ejercida por personas individuales depende profundamente de sus posiciones en las organizaciones colectivas (Sewell, 1992:21).

Con esto puede resultar suficientemente expuesta la necesidad de una tercera articulación o “gozne” metodológico en la investigación de la comunicación: la constitución de las *identidades* sociales de los sujetos, en cuanto participantes (*agentes*) en distintos grados y modalidades, de la estructuración social mediante prácticas (interacciones) comunicativas. Con los aportes de las numerosas disciplinas y corrientes de pensamiento que han contribuido a formular el concepto de identidad en el contexto teórico de la *subjetividad* y, por necesidad, de la intersubjetividad, es posible integrar nuevos modelos de comunicación que aborden las prácticas de interacción social, articuladamente, desde sus constitutivos *sistémicos* o *estructurales* (objetivos) y desde la *intersubjetividad* en la producción social de sentido.

Mediante el desarrollo de modelos metodológicos que reconceptualicen la comunicación a partir de “goznes” como los indicados, será posible, *en la práctica de la investigación*, integrar sistemáticamente las herramientas

de producción de conocimiento que avancen en la superación de dicotomías como las que oponen el objetivismo y el subjetivismo, lo macroestructural y lo microsocioal, lo económico-político y lo simbólico-cultural, o lo cuantitativo y lo cualitativo. Una propuesta “ejemplar”, recientemente incorporada como “paradigma analítico” a diversos proyectos concretos de investigación académica de la comunicación, es la generada por John B. Thompson en *Ideología y cultura moderna* (1993) como “marco metodológico de la hermenéutica profunda”:

La idea que subyace a la hermenéutica profunda es que, en la investigación social y en otros campos, el proceso de interpretación puede ser, y de hecho exige ser, mediado por una gama de métodos explicativos u “objetivantes”. Cuando tratamos con un campo que está constituido en la misma medida por la fuerza y el sentido [...] es posible y deseable mediar el proceso de interpretación empleando técnicas explicativas u objetivantes. Por tanto, la “explicación” y la “interpretación” no deberían ser consideradas, como a veces se hace, como términos mutuamente excluyentes o radicalmente antitéticos: más bien, pueden tratarse como momentos complementarios en una teoría interpretativa comprensiva, como pasos que se apoyan mutuamente en un “arco hermenéutico único” (Thompson, 1993:305-306).

El modelo de Thompson comienza, “inevitablemente”, por la interpretación de las *doxas*, o “interpretación

de las opiniones, creencias y juicios que sostienen y comparten los individuos que conforman el mundo social" en el curso de la vida cotidiana, mediante una recuperación etnográfica. La argumentación es en esto estrictamente paralela a la "doble hermenéutica" de Giddens: "En la medida en que el objeto de nuestra investigación es un campo preinterpretado, el enfoque hermenéutico profundo debe reconocer y tomar en cuenta las maneras en que las formas simbólicas son interpretadas por los sujetos que comprenden el campo sujeto-objeto" (Thompson, 1993: 306).

Pero en seguida debe realizarse una "ruptura epistemológica con la hermenéutica de la vida diaria", pasando a la *hermenéutica profunda*, que comprende tres "fases", que no son etapas secuenciales, sino "dimensiones analíticamente distintas de un complejo proceso interpretativo" (Thompson, 1993:308). Estas tres fases son el *análisis sociohistórico*, el *análisis formal o discursivo* y la *interpretación/reinterpretación*. "Dentro de cada fase [...] pueden existir varios métodos de interpretación, y algunos métodos pueden ser más apropiados que otros dados el objeto específico de análisis y las circunstancias específicas de la investigación" (Thompson, 1993:308).

El objetivo del análisis sociohistórico es "reconstruir las condiciones sociales e históricas de la producción, la circulación y la recepción de las formas simbólicas"<sup>11</sup> mediante la identificación y descripción del ámbito

<sup>11</sup> Desde una perspectiva plenamente sociocultural, Thompson reformula el concepto de cultura de Geertz como "los patrones de sentido incorporados a las formas simbólicas que se intercambian en la interacción social", mediante su *concepción estructural*: "Los

espacial-temporal específico, los campos de interacción, las instituciones sociales y los medios técnicos de inscripción y transmisión en que se ubican estas *formas simbólicas*. Pero "los objetos y las expresiones significativas que circulan en los campos simbólicos son también *construcciones simbólicas complejas que presentan una estructura articulada*. Esta característica exige una segunda fase de análisis [...] formal o discursivo" (Thompson, 1993:309-312).

Al igual que los análisis de la primera fase, pueden utilizarse diversos métodos (semiótico, conversacional, sintáctico, narrativo, argumentativo), con tal de que este análisis no se desligue del análisis sociohistórico, ni de la interpretación/reinterpretación (Thompson, 1993:312).

La fase tercera y final del enfoque hermenéutico profundo es lo que llamaré *interpretación/reinterpretación*. Aunque los métodos del análisis formal o discursivo facilitan la fase de interpretación, ésta es distinta a ellos. Estos últimos métodos proceden por *análisis*: examinan, separan, deconstruyen, buscan develar los patrones y recursos que constituyen una forma simbólica o discursiva, y que operan en ella. La interpretación se construye sobre este análisis, así como sobre los resultados del análisis sociohistórico. Pero la interpretación implica un nuevo movimiento del pensamiento: procede por *síntesis*, por la construcción creativa

fenómenos culturales pueden considerarse como *formas simbólicas en contextos estructurados* y el análisis cultural puede concebirse como el estudio de la constitución significativa y la contextualización social de las formas simbólicas" (Thompson, 1993:13).

de un sentido posible. [...] El proceso de interpretación [...] trasciende la contextualización de las formas simbólicas tratadas como productos situados socialmente, y el cierre de las formas simbólicas tratadas como construcciones que presentan una estructura articulada. Las formas simbólicas representan algo, dicen algo acerca de algo, y es este carácter trascendente el que se debe captar por medio del proceso de interpretación [que es...] simultáneamente un proceso de reinterpretación (Thompson, 1993:317-318).

La “hermenéutica profunda” *sintetiza* creativamente el sentido interpretado por el investigador, contrastándolo metódicamente con los análisis sociohistóricos y discursivos (“objetivantes”), y con la interpretación de la *doxa* (“sentido común”, *lego*). Por ello Thompson habla de una “reinterpretación” que, no obstante, corre el riesgo de entrar en conflicto con interpretaciones divergentes de analistas que emplean diferentes métodos, o con la interpretación de la *doxa*. Pero de ahí surge el “potencial crítico de la interpretación”:

Si nuestras interpretaciones son justificables, entonces son justificables en principio no sólo para nosotros como analistas, sino también para los sujetos que producen y reciben las formas simbólicas que son el objeto de la interpretación. Llamaré a esto el *principio de la auto-reflexión* (Thompson, 1993:354).

Así, la interpretación profunda “se transforma en una intervención potencial en las circunstancias mismas acerca de las cuales se formula” (Thompson, 1993:354) y “tiene una conexión interna con la crítica de la dominación: está metodológicamente predispuesta a estimular la reflexión crítica de las relaciones de poder y de dominación, y esta reflexión incluye en principio la reflexión de los sujetos que están inmersos en esas relaciones” (Thompson, 1993:356). La *reflexividad* así formulada es, finalmente, la condición epistemológica y metodológica esencial para la reconstitución de los estudios de la comunicación, como lo es para ésta en cuanto práctica sociocultural.

#### En busca de categorías para el análisis sociocultural de los usos de Internet

Una metodología comunicacional como la insinuada en este trabajo, orientada en el sentido de un proyecto reflexivo, y por lo tanto educativo, tiene muy poco que ver con algoritmos y procedimientos positivistas o con las dimensiones técnicas de las infraestructuras informáticas de base. Tiene, por el contrario, como referentes la imaginación, la flexibilidad, la solución de las necesidades que pueden transponer el tiempo y el espacio fijos, la producción de sentido y la ética, en consonancia con el proyecto intelectual y político de John Dewey: “Dewey enfatizó los efectos dañinos de un interés exclusivo por la tecnología (medios de predicción y control) separado de los fines a los cuales se aplica la tecnología; y consecuentemente sostuvo que una indagación de los valores no puede llevarse a cabo apropiadamente separada de una indagación

empírica. Una indagación de los valores es, más aún, esencialmente una búsqueda de *métodos* eficaces” (Craig, 1989).

En pocas palabras, es indispensable reconocer que más allá, o dentro, o sobre, o bajo la Internet, está la red de prácticas comunicativas que podríamos ya estar investigando empíricamente y contribuyendo a enriquecer mediante una metodología comunicacional, ese *saber/hacer* constitutivo y reestructurante de las identidades y de las prácticas socioculturales. Una característica que habría que subrayar en el desarrollo de Internet es su carácter cooperativo:

Si bien es cierto que se ha contado con cuantiosas subvenciones estatales (subvenciones que van actualmente en decremento ante la entrada en escena de los proveedores comerciales del servicio), también lo es el hecho de que ha habido numerosos individuos e instituciones que han colaborado desinteresadamente en el desarrollo de nuevos procedimientos y aplicaciones, cuyo uso se ha ido extendiendo porque otros han colaborado con críticas, sugerencias, pruebas y mejoras. En relación con este espíritu de colaboración abierta es importante destacar la diferencia fundamental entre la forma de proceder y elaborar “estándares” en la Internet y la de las organizaciones tradicionales de normalización como ISO y UIT. En éstas las distintas comisiones técnicas discuten propuestas complejas y muy elaboradas que luego elevan a los niveles superiores de decisión. [...] En la Internet, por el contrario, se ha

seguido un proceso inverso: primero desarrollar, luego probar y después normalizar. De este modo cuando un estándar llega a ser estable, ya hay productos que lo realizan; el mercado ha surgido de forma natural. La estrategia de la Internet ha ido de abajo a arriba, por el impulso que le han dado los propios usuarios al desarrollo y mejora del servicio, por la colaboración entre múltiples grupos e instituciones, y por la ausencia de innecesarias trabas de tipo burocrático y administrativo<sup>12</sup> (Heredia, 1997).

Es decir, se impone en principio la superación crítica de los métodos convencionales de la sociología de la comunicación de masas (Williams *et al.*, 1988; Morris y Ogan, 1996) para investigar los usos de Internet. Como afirmaba hace ya varios años un investigador norteamericano de las *interfaces* comunicativas entre el hombre y la computadora:

Temo que muchos paradigmas de investigación condenan sin querer a la investigación de la comunicación a ser simple espectadora de la larga marcha de la tecnología de la comunicación. La investigación de la comunicación aplaude o abucea, pero la marcha de la tecnología de la comunicación continúa impasible. Si realmente

---

<sup>12</sup> Sobre bases como ésta, 34 universidades estadounidenses suscribieron en 1996 el compromiso de desarrollar *Internet2*, con el apoyo de todos los principales proveedores industriales de tecnología (véase <http://www.internet2.edu>).

creemos que los ambientes comunicacionales son contruidos socialmente, entonces ¿puede la investigación de la comunicación inmiscuirse agresivamente en su construcción? (Biocca, 1993).

Biocca propone “asumir que es posible desarrollar un enfoque de la investigación de la comunicación que haga más que simplemente criticar prácticas o confeccionar listas de efectos posibles; que pueda ayudar activamente a reclamar la tecnología de la comunicación para el individuo, para el ejercicio del poder creativo, la expresión libre y una comunicación sin barreras” (Biocca, 1993). Para ello explora los “factores humanos” involucrados en el diseño de las interfaces hombre/computadora: cognoscitivos, instrumentales, normativo-culturales, expresivos y somáticos, de donde se desprende necesariamente la colaboración interdisciplinaria, y la experimentación de diseños alternos para usuarios diversos en alguna o todas esas dimensiones. A pesar de que el mismo autor considera “utópica” su visión, la propone como un principio integrable en la lógica de producción que han seguido algunas compañías de vanguardia en la industria informática, más que de la comunicación.

Es sumamente interesante la perspectiva de replantear las posibilidades y desafíos de la investigación sociocultural de la comunicación desde la fase misma del diseño de los *instrumentos* tecnológicos que habrán de hacer posibles nuevos usos y nuevos usuarios de los medios, especialmente de los *hipermedios* como

Internet<sup>13</sup>. Este interés proviene no sólo del argumento que sostiene Biocca, de que “el usuario no tiene por qué conformarse a la máquina; la máquina debe conformarse al usuario” (1993), sino de la posibilidad de transformación de las prácticas que está implícita en la práctica metodológica, que puede adquirir un carácter *normativo*, pero no arbitrario, como señala Craig (1989) en la línea de Kaplan: “Las prescripciones del método científico tienen fuerza normativa sólo en la medida en que demuestren ser efectivos en la práctica científica real”.

De manera que la búsqueda de *métodos* y de categorías de análisis para investigar los usos comunicacionales de Internet bien puede contribuir a realizar las posibilidades democratizadoras que la incorporación a la “red de redes” promete, a pesar de su conversión aparentemente definitiva en un medio comercial y de la prevalencia indudable de un “espíritu” privatizador<sup>14</sup>, además, por supuesto, de las disparidades abismales de acceso que no sólo caracterizan aún a Internet en escala global, sino incluso dentro de los propios países

---

<sup>13</sup> Biocca coloca como epígrafe de su artículo una cita que resume muy bien el sentido de su propuesta: “Para comprender los fenómenos que rodean a una tecnología nueva, debemos abrir la cuestión del diseño: la interacción entre la comprensión y la creación” (Winograd y Flores, 1987:4).

<sup>14</sup> Derrick de Kerckhove, uno de los más entusiastas “profetas” de la nueva cultura electrónicamente mediada, y considerado como el heredero intelectual más legítimo de Marshall McLuhan, advierte que “es esencial que al mismo tiempo que desarrollamos las comunicaciones en red también creemos mecanismos para proteger el acceso universal a éstas y la libertad de expresión, así como el derecho a la intimidad de los internautas” (De Kerckhove, 1999:217).

“desarrollados”<sup>15</sup>. Aunque desde el punto de vista de dos analistas latinoamericanos de la economía de Internet, de entre todas sus aplicaciones “las más evidentes hoy son el comercio electrónico (*e-commerce*) y los negocios en red (*e-business*)”, y que “todo converge en el mercado”,

Es claro que no podemos olvidarnos de la existencia de un potencial liberador de la red, en la medida en que establece un canal interactivo de comunicación entre los individuos, a prueba de censura o vigilancia previa, marcada por una distribución gratuita de información que [...] no adquiere el carácter de información-mercancía, sino que está investida de una naturaleza de don. Esta posibilidad liberadora, no obstante, ha sido víctima de un intento muy intenso de domesticación y atrofiamiento en nombre de la posibilidad, aún más pragmática que el *leitmotiv* del nacimiento de Internet, de la constitución de un nuevo y poderoso mercado de alcance global, que anticipa (y desde ya practica) el potencial de explotación económica de la colonización del tiempo libre mediante el entretenimiento, por su énfasis en el consumo (que, cuando se realiza *on-line*, tiende a liberarse de la

---

15 En términos de desarrollo comercial, una empresa de consultoría internacional aprecia para 1998 un 2% de penetración de Internet en México, por un 34% en Estados Unidos y un 21% en Canadá, aunque las diferencias se reducen drásticamente cuando se considera sólo a los sectores de altos ingresos (The Boston Consulting Group, 1999).

intermediación física tradicional) y que hace posible un aumento en las tasas de ganancia... (Bolaño y Vasconcelos, 2000).

Pero aun teniendo presente esa tendencia, para abordar el estudio de los usos socioculturales de Internet conviene partir de una distinción analítica entre las diversas *funciones* comunicativas que permiten los distintos “servicios” de la red, dado su carácter *hipermedial*: por una parte, Internet es una fuente de *información*; por otra, un medio de *comunicación*; y también, crecientemente, un vehículo de *difusión*. El propósito de esta distinción es facilitar al mismo tiempo la (re)construcción de un marco de análisis comunicacional adecuado para la investigación sociocultural de los usos de Internet, y distinguir las diversas *competencias específicas* que los sujetos requieren para apropiarse de los usos, interactuar eficientemente con el medio y desarrollar sus tareas personales o profesionales incorporando en ellas a Internet como recurso.

El supuesto básico es que, por ejemplo, los servicios de FTP (*File Transfer Protocol*) o de los “buscadores” (*browsers*) en línea, están diseñados para que los usuarios de Internet adquieran de la red las informaciones previamente dispuestas para su consulta digital a distancia<sup>16</sup>, sea en “sitios” o “páginas” *web* o en otros formatos. Los grupos de discusión, los “salones” de *chat* o el correo electrónico (*e-mail*) son sobre todo recursos

---

16 Lo cual implica, entre otras necesidades, contar con criterios claros de *confiabilidad* de la información que se encuentra en Internet (Wilkinson *et al.*, 1997).

para el intercambio de mensajes interpersonales, tanto diádicos como grupales<sup>17</sup>. Finalmente, las páginas *web*, aunque crecientemente incorporan recursos de *interactividad*, desempeñan sobre todo funciones de difusión de información, sea corporativa, personal o de grupos “alternativos”<sup>18</sup>. Cada una de estas funciones comunicativas básicas, y sus combinaciones, implica una relación estructuralmente diversa entre los sujetos y el sistema de mediaciones, no sólo tecnológicas, que el *hipermedio* propicia.

Esto implica, a su vez, una consideración igualmente fundamental de los “tipos” de sujetos que se constituyen en usuarios de Internet. Aunque obviamente el “perfil” de los usuarios se concentra en los estratos sociales de ingresos superiores en todo el mundo<sup>19</sup>, en términos de edad, género y escolaridad hay creciente diversidad, al igual que en preferencias, ocupaciones y “experiencia” en el uso del medio. Por la propia naturaleza de Internet y de los sistemas de medición empleados, la descripción demográfica de los usuarios es difícil, y las estadísticas disponibles relativamente poco detalladas y confiables.

---

17 Incluyendo la posibilidad de crear “personalidades virtuales”, en que los sujetos interactúan con otros mediante un “disfraz” facilitado por el anonimato o el *nickname* (Jones, ed., 1995; Shields, ed., 1996). Sobre las implicaciones emocionales y afectivas de los nuevos medios, véase Gubern, 2000.

18 Se han vuelto referencias obligadas los usos de Internet por el EZLN de México a partir de 1994 o los de otros grupos “alternativos”, como *Greenpeace*, para difundir internacionalmente sus propuestas, que no son aceptadas por los medios de difusión convencionales como la prensa o la televisión.

19 El “universo” mundial de usuarios de Internet se calcula, a principios de 2000, en 300 millones.

Sin embargo, hay sectores sociales, como los estudiantes de educación superior o algunos profesionales, que pueden considerarse como usuarios típicos. Las investigaciones empíricas con muestras de estas poblaciones, no obstante, son todavía exploratorias o muy parciales<sup>20</sup>.

Por lo tanto, la investigación sociocultural de los usos de Internet puede comenzar a construirse a partir de la triple dimensión de las *funciones* informativa, comunicativa y difusiva de Internet, en relación con, al menos, los siguientes cuatro *recursos*: infraestructura, códigos, hábitos y representaciones de un grupo o tipo de usuarios determinados. Este último factor puede ser el punto de partida para una reconstrucción *etnográfica* de las competencias comunicativas empleadas por los usuarios, ya que es en las representaciones de los sujetos donde se puede observar de manera más inmediata la apropiación construida del recurso y los esquemas operativos de la actividad (sea ésta el entretenimiento, el trabajo, la socialización, el aprendizaje, etcétera).

En otras palabras, la exploración sociocultural de los usos de Internet puede comenzar de la manera más productiva y sistemática por el análisis de la *doxa*, o discurso cotidiano de los sujetos sobre el objeto, siguiendo el modelo de la hermenéutica profunda de John B. Thompson (1993), para después continuar con la aplicación de instrumentos para el análisis sociohistórico (escenarios espacio-temporales y campos de interacción),

---

20 Por ejemplo, una investigación exploratoria con estudiantes universitarios en Guadalajara en 1999 detectó un predominio claro de los usos de *entretenimiento* sobre los *académicos*.

como un cuestionario y entrevistas informales, presenciales y vía correo electrónico, y la aplicación de instrumentos para el análisis de discurso (descripción de prácticas, argumentación) y el análisis formal (productos de información, comunicación, difusión, en Internet).

A través de la “interpretación/reinterpretación” de los resultados empíricos de estos análisis, se podría concluir con la elaboración de un modelo heurístico que articule, mediante la categoría de usos, las mediaciones entre un sistema tecnológico y un grupo de sujetos bien definido, como producto de la exploración de las condiciones socioculturales, institucionales e individuales de apropiación diferencial de Internet como recurso de información, comunicación y difusión en la actividad cotidiana.

En una segunda instancia, y sobre esta base, podrán reconstruirse los procesos de estructuración/reestructuración del pensamiento inducidos por el uso apropiado de los recursos de Internet, pues es claro que estos procesos no pueden considerarse *efectos* inmediatos “de la tecnología”, sino en todo caso productos necesarios de la interacción de los sujetos con sus recursos, en el sentido más preciso del término *aprendizaje*. En su planteamiento original, Norbert Wiener concibió la cibernética como la ciencia del “control y la comunicación en el animal y la máquina”. El concepto central de su paradigma es el de *retroalimentación*, que

es un método para controlar un sistema reinsertándole los resultados de su desempeño previo. Si estos resultados se usan simplemente como

datos numéricos para la evaluación del sistema y su regulación, tenemos la retroalimentación simple de los ingenieros de control. No obstante, si la información proveniente del desempeño es capaz de transformar el método y el patrón general de desempeño, tenemos un proceso que bien puede ser llamado aprendizaje (Wiener, 1950:84).

Finalmente, la exploración de la *interacción* socio-cultural mediada por los recursos de la *interactividad* digital, que va haciéndose cada vez más presente en Internet conforme los usuarios ajustan sus estructuras de pensamiento y de acción a las posibilidades abiertas por el desarrollo tecnológico y la creatividad de sus aplicaciones comunicativas, abre un horizonte de comprensión del carácter *constitutivo* de la comunicación en la sociedad y la cultura, que los llamados “medios” limitaron y oscurecieron y que es una tarea prioritaria para los estudios de la comunicación. Como afirma Jesús Martín Barbero,

las gentes pueden con cierta facilidad asimilar los instrumentos tecnológicos y las imágenes de modernización, pero sólo muy lenta y dolorosamente pueden recomponer su sistema de valores, de normas éticas y virtudes cívicas. El cambio de época está en nuestra sensibilidad pero “a la crisis de mapas ideológicos se agrega una erosión de los mapas cognitivos” (Lechner). No disponemos de categorías de interpretación capaces de captar el rumbo de las vertiginosas transformaciones que vivimos. Sólo alcanzamos a vislumbrar que en



la crisis de los modelos de desarrollo y los estilos de modernización hay un fuerte cuestionamiento de las jerarquías centradas en la razón universal, que al trastornar el orden secuencial libera nuestra relación con el pasado, con nuestros diferentes pasados, permitiéndonos recombinar las memorias y reapropiarnos creativamente de una descentrada modernidad (Martín Barbero, 1996:59).

En breve, la exploración sistemática e intencionada de los usos de Internet desde una perspectiva sociocultural puede contribuir no sólo a reorientar nuestra comprensión, sino también nuestra práctica, de la comunicación como *producción social de sentido*.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, James A. (1996): *Communication theory, epistemological foundations*. New York: The Guilford Press.
- Ball-Rokeach, Sandra & K. Reardon (1988): "Monologue, dialogue and telelog: comparing an emergent form of communication with traditional forms", en Hawkings, Wiemann & Pingree (eds.), *Advancing communication science*. California: Sage, págs. 135-161.
- Barlow, John Perry (1996): "Declaración de Independencia del Ciberespacio", transmitida por Internet el 8 de febrero.
- Bell, Daniel (1976): *The coming of postindustrial society*. New York: Basic Books.
- Bettetini, Gianfranco y Fausto Colombo (1995): *Las nuevas tecnologías de la comunicación*. Barcelona: Paidós Instrumentos.
- Biocca, Frank (1993): "Communication research for the design of communication interfaces and systems", *Journal of Communication*, vol. 43, N° 3.
- Bolaño, César Ricardo S. y Daniel de Santana Vasconcelos (2000): "Economía da Internet: convergência, poder e hegemonia na rede", ponencia en el V Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación, Santiago de Chile.

Bourdieu, Pierre y Jean-Claude Passeron (1977): *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona: LAIA.

Bunge, Mario (1991): "El sistema técnica-ciencia-filosofía, un triángulo fértil", *Telos*, N° 24, Madrid: FUNDESCO.

Carey, James W. (1992): *Communication as Culture. Essays on Media and Society*. New York: Routledge.

Carnoy, Martín (1977): *La educación como imperalismo cultural*. México: Siglo XXI.

Castells, Manuel (1999): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* (3 vols.). México: Siglo XXI.

Cebrián, Juan Luis (1998): *La red. Cómo cambiarán nuestras vidas los nuevos medios de comunicación*. Madrid: Taurus.

Chesebro, James W. and Dale A. Bertelsen (1996): *Analyzing Media. Communication Technologies as Symbolic and Cognitive Systems*. New York: The Guilford Press.

Craig, Robert T. (1989): "Communication as a practical discipline", Brenda Dervin et al. (eds.): *Rethinking Communication*: vol. 1: *Paradigm Issues*. California: Sage.

De Kerckhove, Derrick (1999): *La piel de la cultura. Investigando la nueva realidad electrónica*. Barcelona: Gedisa.

Eco, Umberto (1968): *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*. Barcelona: Lumen.

———(1976): *Tratado de semiótica general*. México: Lumen/Nueva Imagen.

Ess, Charles (ed.) (1996): *Philosophical perspectives on Computer-mediated communication*. Albany: State University of New York Press.

Everett-Green, Robert (1996): "Cyberspace", *Britannica 1996 Book of the Year*. Chicago: Encyclopaedia Britannica.

Ford, Aníbal (1999): "Procesados por otros. Diferencias infocomunicacionales y sociocultura contemporánea", ponencia en el Seminario Internacional sobre Comunicación-Educación. Experiencias, desarrollos teóricos, metodológicos e investigativos. Universidad Central de Bogotá.

Fuentes Navarro, Raúl (1992): *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. México: FELAFACS.

———(1996): "Hacia una investigación postdisciplinaria de la comunicación", *Telos*, N° 47, Madrid: FUNDESCO, págs. 9-11.

———(1998): "Acercamientos socioculturales a la investigación de la comunicación: el gozne metodológico", en Mejía y Sandoval (coords.), *Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica*. Guadalajara: ITESO, págs. 77-100.

———(1999): "La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI", *Diálogos de la Comunicación*, N° 56, Lima: FELAFACS.

———(2000): *Comunicación, utopía y aprendizaje*. En prensa, Guadalajara: ITESO.

Fuentes Navarro, Raúl y Guillermo Orozco Gómez (1998): "Propuesta para una especialidad en Comunicación y Educación, Doctorado en Educación, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara".

García Canclini, Néstor (1999): *La globalización imaginada*. México: Paidós.

Giddens, Anthony (1984): *The constitution of society*.

*Outline of the theory of structuration*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.

———(1989): "The orthodox consensus and the emerging synthesis", en Dervin *et al.* (eds.), *Rethinking Communicatio*: vol. 1: *paradigm issues*. California: Sage, págs. 53-65.

———(1993): *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.

———(1994): *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.

Godoy, Horacio (1991): "Usos de la socioinformática. Las tecnologías avanzadas de información y su aplicación en las sociedades subdesarrolladas", *Telos*, N° 27, Madrid: FUNDESCO.

Gómez Mont, Carmen (1992): *El desafío de los nuevos medios*. México: AMIC/ Diana.

Gubern, Román (2000): *El eros electrónico*. Madrid: Taurus.

Habermas, Jürgen (1989): *Teoría de la acción comunicativa* (2 vols.). Madrid: Taurus.

Heredia, José Barberá (1997): "La red Internet y sus impactos sociales", *Telos*, N° 44, Madrid: FUNDESCO.

Huergo, Jorge A. (1997): *Comunicación/Educación. Ámbitos, prácticas y perspectivas*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Jensen, Klaus Bruhn (1995): *The social semiotics of mass communication*. London: Sage.

Jensen, Klaus Bruhn & Nicholas W. Jankowsky (eds.) (1991), *A handbook of qualitative methodologies for mass communication research*. New York and London: Routledge.

Jones, Steven G. (ed.) (1995): *Cybersociety. Computer-mediated communication and community*. California: Sage.

Kaplan, Abraham (1964): *The conduct of inquiry: Methodology for behavioral science*. San Francisco: Chandler.

Kaplun, Mario (1992): *A la educación por la comunicación. La práctica de la comunicación educativa*. Santiago de Chile: UNESCO/OREALC.

Krippendorff, Klaus (1993), "The past of Communication's hoped-for future", en *The Future of the Field I, Journal of Communication*, 43:3.

Kuhn, Thomas S. (1962): *The structure of scientific revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.

Lindlof, Thomas R. (1995): *Qualitative Communication Research Methods*. California: Sage.

Marcuse, Herbert (1968): *El hombre unidimensional*. México: Joaquín Mortiz.

Martín Barbero, Jesús (1983): "Retos a la investigación de comunicación en América Latina", *Comunicación y Cultura*, N° 9, México: UAM-Xochimilco.

———(1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gili.

———(1990): "Teoría/investigación/producción en la enseñanza de la comunicación", *Diá-logos de la Comunicación*, N° 28, Lima: FELAFACS, págs. 70-76.

———(1992): "Pensar la sociedad desde la comunicación: un lugar estratégico para el debate a la modernidad", *Diá-logos de la Comunicación*, N° 32, Lima: FELAFACS, págs. 28-33.

———(1996): "Comunicación fin de siglo, ¿para dónde va nuestra investigación?", *Telos*, N° 47, Madrid: FUNDESCO, págs. 58-64.

——(1998): “Prefacio” a la quinta edición de *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Santa Fe de Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Martín Serrano, Manuel (1990): “La epistemología de la comunicación a los cuarenta años de su nacimiento”, *Telos*, N° 22, Madrid: FUNDESCO.

——(1992): “Los cambios en las funciones de la comunicación y en el valor de la información”, *Renglones*, N° 24, Guadalajara: ITESO, págs. 64-68.

Martorella, Peter H. (ed.) (1997): *Interactive technologies and the social studies Emerging issues and applications*. Albany: State University of New York Press.

Masuda, Yoneji (1984): *La sociedad informatizada como sociedad post-industrial*. Madrid: FUNDESCO/Tecnos.

Mattelart, Armand (1993): *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*. Madrid: FUNDESCO.

——(1998): *La mundialización de la comunicación*. Barcelona: Paidós.

——(2000): *Historia de la utopía planetaria. De la ciudad profética a la sociedad global*. Barcelona: Paidós.

Mattelart, Armand y Michèle (1987): *Pensar sobre los medios. Comunicación y crítica social*. Madrid: FUNDESCO.

——(1991): “Nuevos usos de la comunicación en tiempos de crisis”, *Telos*, N° 26, Madrid: FUNDESCO.

Mattelart, Armand y Héctor Schmucler (1983): *América Latina en la encrucijada telemática*. México: ILET/Folios ediciones.

McHale, John (1981): *El entorno cambiante de la información*. Madrid: Tecnos.

McLaren, Peter (1995): *La escuela como un performance ritual. Hacia una economía política de los símbolos y gestos educativos*. México: Siglo XXI/CESU UNAM.

——(1997): *Pedagogía crítica y cultura depredadora. Políticas de oposición en la era posmoderna*. Barcelona: Paidós Educador.

McLuhan, Marshall (1968): *La comprensión de los medios como extensiones del hombre*. México: Diana.

Miège, Bernard (1996): *El pensamiento comunicacional*. México: Universidad Iberoamericana.

Montoya Martín del Campo, Alberto (1993): *México ante la revolución tecnológica*. México: AMIC/Diana.

Morris, Merrill and Christine OGAN (1996): “The Internet as Mass Medium”, *Journal of Communication*, vol. 46, N° 1.

Mumby, Dennis (1997): “Modernism, Postmodernism, and Communication Studies: a rereading of an ongoing debate”, *Communication Theory*, vol. 7, N° 1.

Negroponte, Nicholas (1996): *Ser Digital*. México: Océano.

Nora, Simón y Alain MINC (1980): *La informatización de la sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Orozco Gómez, Guillermo (1996): “Educación, medios de difusión y generación de conocimiento. Hacia una pedagogía crítica de la representación”, *Nómadas*, N° 5, Santa Fe de Bogotá: Universidad Central.

Ortiz, Renato (1994): *Mundialização e Cultura*. São Paulo: Brasiliense.

——(1998): *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Santa Fe de Bogotá: Convenio Andrés Bello.

——(1999): “Ciencias sociales, globalización y paradigmas”, en Reguillo y Fuentes (coords.), *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*. Guadalajara: ITESO, págs. 17-46.

Pasquali, Antonio (1992): “El comunicar y el reordenamiento del mundo”, ponencia inaugural del VII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social, FELAFACS, Acapulco.

Piaget, Jean (1971): *Psicología de la inteligencia*. Buenos Aires: Psique.

Pineda de Alcázar, Migdalia (1996): *Sociedad de la información, nuevas tecnologías y medios masivos*. Maracaibo: La Universidad del Zulia.

Piscitelli, Alejandro (1995): *Ciberculturas, en la era de las máquinas inteligentes*. Buenos Aires: Paidós Contextos.

——(1998): *Post/televisión. Ecología de los medios en la era de Internet*. Buenos Aires: Paidós Contextos.

Popper, Karl R. y John Condry (1998): *La televisión es mala maestra*. México: Fondo de Cultura Económica.

Quiroz, María Teresa (1993): *Todas las voces. Comunicación y educación en el Perú*. Lima: Universidad de Lima.

Rakow, Lana F. y Vija Navarro (1993): “Remote Mothering and the Parallel Shift: Women Meet the Cellular Telephone”, *Critical Studies In Mass Communication*, vol. 10, Nº 2, págs. 144-157.

Reese, Jürgen et al. (1982): *El impacto social de las modernas tecnologías de información*. Madrid: FUNDESCO/Tecnos.

Reguillo Cruz, Rossana y Raúl Fuentes Navarro (coords.) (1999): *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*. Guadalajara: ITESO.

Richeri, Giuseppe (1984): *El universo telemático. Trabajo y cultura en el futuro inmediato*. Barcelona: Mitre.

Rogers, Everett M. (diálogo con Steven H. Chaffee) (1993): “The Past and the Future of Communication Study. Convergence or Divergence?”, *The Future of the Field II, Journal of Communication*, vol. 43, Nº 4, págs. 125-131.

Rosengren, Karl Erik (1993) “From field to frog ponds”, *The Future of the Field I, Journal of Communication*, vol. 43, Nº 3.

Rota, Josep et al. (1986): *Tecnología y comunicación*, México: CONEICC/UAM-Xochimilco.

Sánchez, Antulio (1997): *Territorios virtuales. De Internet hacia un nuevo concepto de la simulación*. México: Taurus.

Sánchez Ruiz, Enrique E. (1992): *Medios de difusión y sociedad. Notas críticas y metodológicas*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Sartori, Giovanni (1998): *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. México: Taurus.

Schiller, Dan (1993): “Capitalism, information and uneven development”, en DEETZ (ed.), *Communication Yearbook 16*, California: Sage, págs. 396-406.

——(1994): “From culture to information and back again: commoditization as a route to knowledge”, *Critical Studies in Mass Communication*, vol. 11, Nº 1.

——(1996): *Theorizing communication: a history*. New York: Oxford University Press.

Schiller, Herbert I. (1983): *El poder informático. Imperios tecnológicos y relaciones de dependencia*. México: Gustavo Gili.

Sewell Jr., William H. (1992): "A theory of structure. Duality, agency and transformation", *American Journal of Sociology*, vol. 98, N° 1, págs. 1-29.

Shepherd, Gregory J. (1993): "Building a discipline of communication", *The future of the field I, Journal of Communication*, vol. 43, N° 3.

Shields, Rob (ed.) (1995): *Cultures of Internet: virtual spaces, real histories, living bodies*. California: Sage.

Sodre, Muniz (1998): *Reinventando la cultura. La comunicación y sus productos*. Barcelona: Gedisa.

The Boston Consulting Group (1999): *Tendencias y retos del comercio electrónico en Latinoamérica*. México: Visa/The Boston Consulting Group.

Thompson, John B. (1993): *Ideología y cultura moderna*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

———(1995): *The Media and modernity. A social theory of the Media*. California: Stanford University Press.

Trejo Delarbre, Raúl (1996): *La nueva alfombra mágica. Usos y mitos de Internet, la red de redes*. México: Diana/FUNDESCO.

Unesco et al. (1991): Documento final de la reunión de consulta sobre *Políticas culturales audiovisuales en América Latina y el Caribe*, UNESCO/Imcine/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/IPAL, México.

Vassallo de Lopes, Maria Immacolata (1990): *Pesquisa em comunicação. Formulação de um modelo metodológico*. São Paulo: Loyola.

Vygotsky, Lev S. (1977): *Pensamiento y lenguaje. Teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquicas*. Buenos Aires: La Pléyade.

Wallerstein, Immanuel (1998): *Impensar las ciencias sociales*. México: Siglo XXI/CIICH UNAM.

———(1998a): *Utopística o las opciones históricas del Siglo XXI*. México: Siglo XXI/CIICH UNAM.

———et al. (1996): *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI/CIICH UNAM.

Wiener, Norbert (1948): *Cybernetics, or control and communication in the animal and the machine*. Cambridge: MIT Press.

———(1950): *The human use of human beings. Cybernetics and society*. New York: Avon.

Wilkinson, Gene L., Lisa T. Bennet & Kevin M. Oliver (1997): "Evaluation criteria and indicators of quality for Internet resources", *Educational Technology*, may-june.

Williams, Frederick, Ronald E. Rice & Everett M. ROGERS (1988): *Research methods and the new media*. New York: The Free Press.

Winograd, T. & F. Flores (1987): *Understanding computers and cognition*. Reading MA: Addison-Wesley.

Wolton, Dominique (2000): *Internet ¿y después? Una teoría crítica de los nuevos medios de comunicación*. Barcelona: Gedisa.

Wright Mills, C. (1961): *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Youngblood, Gene (1970), *Expanded Cinema*. New York: E. P. Dutton.

Zavala Alardín, Gonzalo (1990): *La sociedad informatizada ¿la nueva utopía?* México: Trillas.

*Algunos artículos publicados en revistas latinoamericanas de comunicación sobre aspectos del "universo telemático":*

Aguirre, Jesús María (1998): "De la ética y la conciencia moral de los navegantes de Internet", *Comunicación, estudios venezolanos*, N° 102, Caracas: Centro Gumilla, págs. 16-22.

Alva de la Selva, Alma Rosa (1996): "Apuntes sobre políticas teleinformáticas en México", *Anuario de Investigación de la Comunicación*, N° 3, México: CONEICC, págs. 35-44.

Becerra, Martín (1998): "Una estrategia de crecimiento bautizada 'sociedad de la información'", *Comunicación y Sociedad*, N° 34, Guadalajara: DECS UDEG, págs. 11-26.

Benassini Félix, Claudia (1997): "Internet como apoyo a la investigación de la televisión", *Cuadernos de Mass Culturas*, N° 7, León: UIA-León.

Bustamante, Silvia Branco Vidal (1998): "Internet y medios tecnológicos: el ser humano en busca del mensaje", *Diálogos de la Comunicación*, N° 52, Lima: FELAFACS, págs. 78-86.

Camargos, Ana Paula (1997): "Desafios da difusão da Internet nos países em desenvolvimento: estudo de caso do Brasil", *Comunicação e Sociedade*, N° 28, São Paulo: UESP, págs. 115-141.

Campos, Gilda Helena Bernardino de (1998): "Cognición, producción de significados y redes telemáticas", *Diálogos de la Comunicación*, N° 52, Lima: FELAFACS, págs. 47-52.

Colina, Carlos Eduardo (1997): "Telemática y control social: invasión de la privacidad y nuevos derechos ciudadanos", *Anuario de investigaciones de la Comunicación*, N° 8, Caracas: ININCO, págs. 151-164.

Cortázar Rodríguez, Francisco Javier (1998): "Ciberrelaciones: amistad, amor y sexo en los salones de chat", *Comunicación y Sociedad*, N° 34, Guadalajara: DECS UDEG, págs. 129-156.

Crovi Druetta, Delia (1997): "El mundo a domicilio", *Comunicación y Sociedad*, N° 30, Guadalajara: DECS UDEG, págs. 317-328.

Díaz-Albertini, Javier (1997): "Quo vadis, Internet?", *Scientia et Praxis*, N° 21, Lima: Universidad de Lima, págs. 13-40.

Dimitriu, Andrés M. (1996): "Entre la telaraña digitalizada y las redes sociales: universidad, mediación y telecomunicaciones", *Diálogos de la Comunicación*, N° 45, Lima: FELAFACS, págs. 39-46.

Epstein, Isaac (1994): "Telemática e modernização", *Comunicação e Sociedade*, N° 21, São Paulo: UESP, págs. 10-25.

Eto, Guadalupe (1998): "Hacia la comprensión de las esferas privadas virtuales", *Comunicación, Estudios Venezolanos*, N° 102, Caracas: Centro Gumilla, págs. 4-6.

Finquelievich, Susana (1998): "Comunidades electrónicas: ¿nuevos paradigmas de participación política a nivel local?", *Comunicación, Estudios Venezolanos*, N° 102, Caracas: Centro Gumilla, págs. 44-53.

Ford, Aníbal (1994): "Navegaciones. Culturas orales, electrónicas, narrativas", *Diálogos de la Comunicación*, N° 38, Lima: FELAFACS.

Freitas, Hélio (1997): "Os bits da notícia: jornalismo na era de Internet", *Comunicação e Sociedade*, N° 28, São Paulo: UMESP, págs. 101-114.

Fuentes Navarro, Raúl (1993): "Telecomunicaciones, cultura y enseñanza de la comunicación", *Diálogos de la Comunicación*, N° 36, Lima: FELAFACS, págs. 82-87.

———(1995): "Telemática y postdisciplinarietà en el estudio de la comunicación", *Cuadernos de Comunicación*, N° 104, México: Comunicología Aplicada de México, págs. 50-61.

Galindo, Jesús (1997): "Comunidad virtual y cibercultura: el caso del EZLN en México", *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, N° 5, Colima: Programa Cultura Universidad de Colima, págs. 9-28.

———(1998a): "Redes, comunidad virtual y cibercultura", *Cuadernos de Mass Culturas*, N° 8, León: UIA-León, págs. 15-28.

———(1998b): "Cibercultura, ciberciudad, ciber-sociedad: hacia la construcción de mundos posibles en nuevas metáforas conceptuales", *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, N° 7, Colima: Programa Cultura Universidad de Colima, págs. 9-23.

Gómez Mont, Carmen (1995): "La liberalización de las telecomunicaciones en México. De un sector estratégico al libre juego del mercado", *Anuario de Investigación de la Comunicación*, N° 2, México: CONEICC, págs. 61-86.

González, Jorge A. (1999): "Tecnología y percepción social. Evaluar la competencia tecnológica", *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, N° 9, Colima: Programa Cultura, Universidad de Colima, págs. 155-165.

González Rubio, José Luis (1995): "La industria de la información. Explosión tecnológica y revolución económica", *Anuario de Investigación de la Comunicación*, N° 2, México: CONEICC, págs. 47-60.

Graf, Hans (1998): "Internet ¿un chance para comunicarnos?", *Comunicación, Estudios Venezolanos*, N° 102, Caracas: Centro Gumilla, págs. 12-15.

Gutiérrez Martín, Alfonso (1998): "Educación multimedia: una propuesta desmitificadora", *Diálogos de la Comunicación*, N° 52, Lima: FELAFACS.

Islas Carmona, Octavio y Fernando GUTIÉRREZ CORTÉS (1998): "La comprensión de Internet como extensión del estado", *Anuario de Investigación de la Comunicación*, N° 5, México: CONEICC, págs. 11-30.

———(2000): "La ruta crítica de la cibercultura mexicana", *Anuario de Investigación de la Comunicación*, N° 6, México: CONEICC, págs. 191-214.

Lozano, José Carlos y Edgar Gómez Cruz (1998): "Redes virtuales de colaboración: un futuro presente", *Cuadernos de Mass Culturas*, N° 9, León: UIA-León, págs. 7-17.

Oliveira, Maria Leoneire da Costa (1998): "Internet y aprendizaje: desafíos intertextuales", *Diálogos de la Comunicación*, N° 52, Lima: FELAFACS, págs. 53-60.

Papalois, Vana y María Theodossopoulou (1996): "Desarrollo del self en ambientes de intercambio de información global: una aproximación psicosocial", *Diálogos de la Comunicación*, N° 45, Lima: FELAFACS, págs. 47-56.

Pinto, Ricardo Jorge e Jorge Pedro Sousa (1999): "O futuro da Internet", *Comunicação e Sociedade*, N° 31, São Paulo: UMESP, págs. 99-116.



Piscitelli, Alejandro (1992): "Tecnología, antagonismos sociales y subjetividad. Explorando las fronteras del diálogo hombre/máquina", *Diálogos de la Comunicación*, N° 32, Lima: FELAFACS.

———(1997): "Del pull al push. Internet y la venganza de la televisión", *Diálogos de la Comunicación*, N° 50, Lima: FELAFACS, págs. 63-74.

Prado, Emili (1997): "Nuevas tecnologías e interactividad: gran almacén universal virtual", *Diálogos de la Comunicación*, N° 48, Lima: FELAFACS, págs. 89-96.

Ruelas, Ana Luz (1996): "Regulación e internacionalización de las telecomunicaciones mexicanas", *Comunicación y Sociedad*, N° 28, Guadalajara: DECS UDEG, págs. 33-48.

Ruiz Tarragó, Ferrán (1998): "Las telecomunicaciones en la educación, implicaciones y retos de Internet", *Tecnología y Comunicación Educativas*, N° 28, México: ILCE, págs. 5-19.

Safar, Elizabeth (1990): "El nuevo escenario de las comunicaciones: las nuevas tendencias", en *Anuario Ininco*, N° 3, Caracas: ININCO.

Sánchez Martínez, Roger Darío (1997): "Privatización de las telecomunicaciones: un estudio comparativo de las regulaciones en el sector en México y Chile", *Anuario de Investigación de la Comunicación*, N° 4, México: CONEICC, págs. 57-72.

Scheffler Z., Federico (1998): "Razón y Palabra: una publicación electrónica", *Cuadernos de Mass Culturas*, N° 8, León: UIA-León, págs. 47-52.

Squirra, Sebastião (1997): "O jornalismo do futuro", *Comunicação e Sociedade*, N° 28, São Paulo: UMESP, págs. 75-99.

Tondato, Marcia Perencin (1997): "Notas en torno de una nueva tecnología", *Diálogos de la Comunicación*, N° 48. Lima: FELAFACS, págs. 79-88.

Trejo Delarbre, Raúl (1997): "Lengua y periodismo en el kiosco electrónico (prensa digital)", *Comunicación y Sociedad*, N° 31, Guadalajara: DECS UDEG, págs. 175-214.

Uribarri, Raisa (1998): "Cómo usan la Internet los académicos latinoamericanos. Un estudio de caso: usuarios de RedULA", *Comunicación y Sociedad*, N° 34, Guadalajara: DECS UDEG, págs. 111-128.

Viveros, Frank (1997): "El carácter pedagógico del uso de la computadora en la escuela. Una mirada desde las representaciones sociales", *Comunicación y Sociedad*, N° 29, Guadalajara: DECS UDEG.